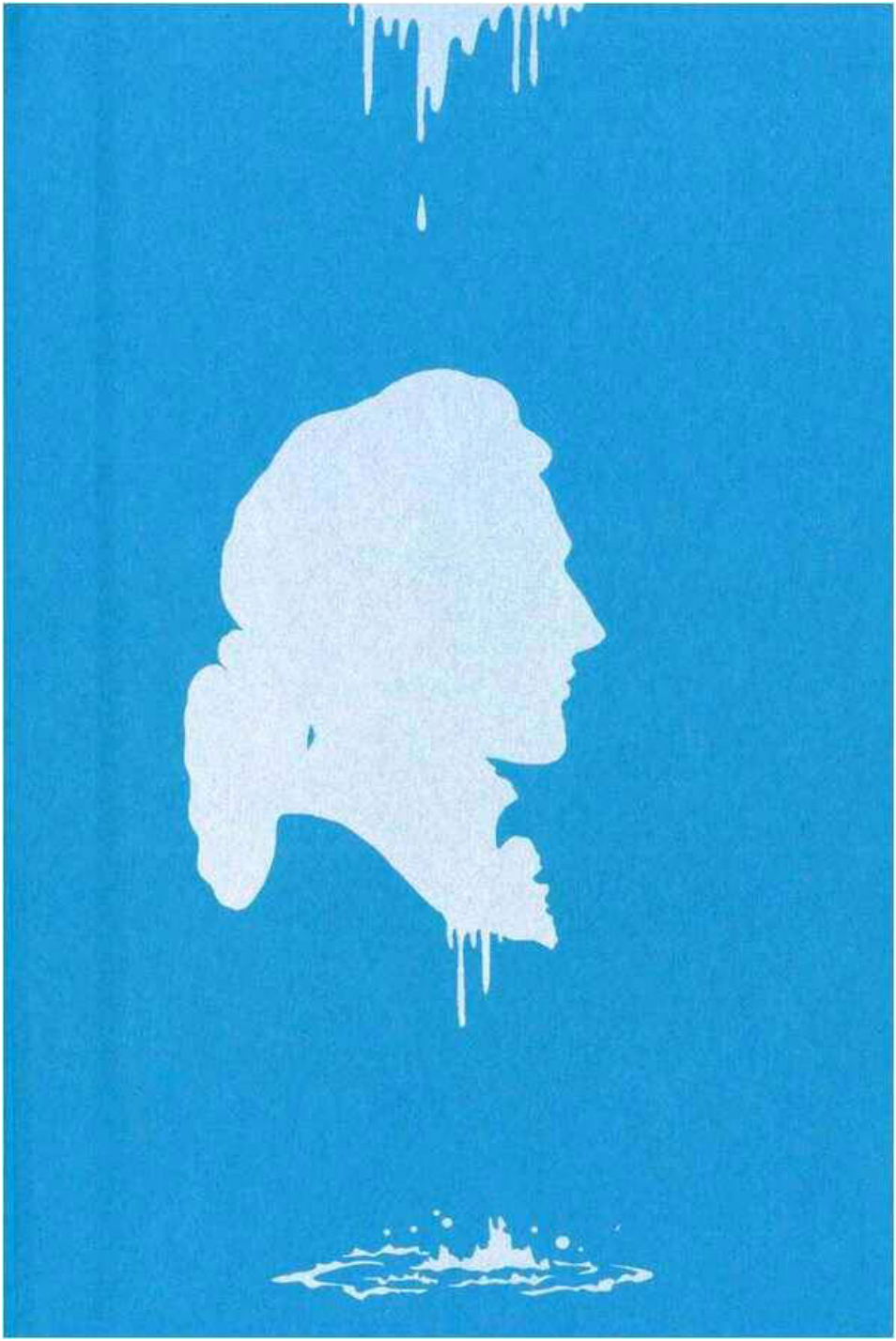
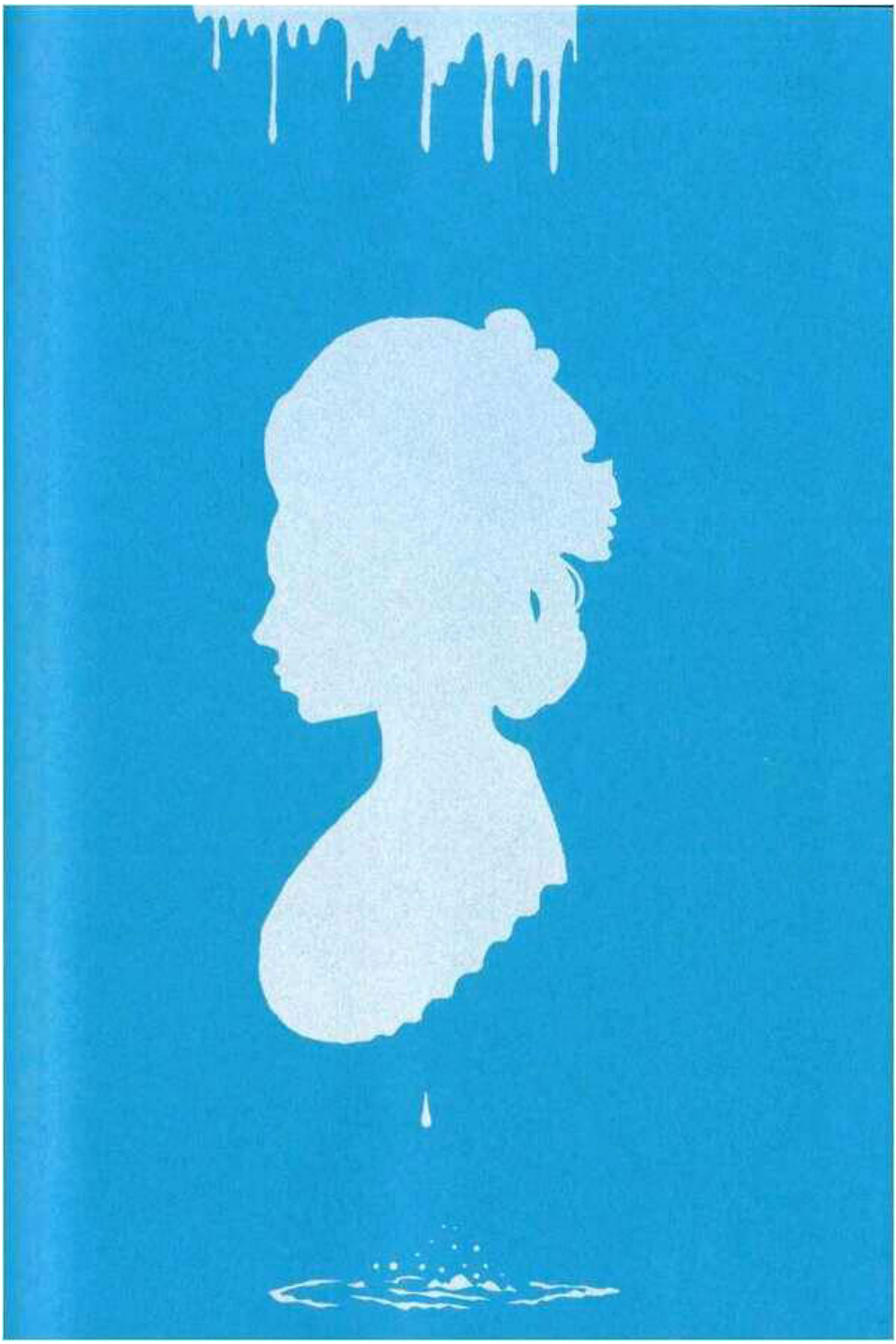
KELLY ROBSON

Las aguas de Versalles

13

Versalles, 1738. Sylvain de Guilherand, un oficial que pasa los veranos en el campo de batalla y los inviernos en el palacio de Versalles, se ha propuesto devolver el castillo al esplendor de los años del Rey Sol. Ofrece a la corte un sistema moderno de aguas y retretes mientras asiste a cenas y a óperas, corteja a una dama y alimenta la imagen de caballero distinguido. Cree que lo tiene todo controlado, pero la criatura acuática que se encarga de hacer circular el agua por palacio tiene otros planes…





Kelly Robson

Las aguas de Versalles

INSURGENTES

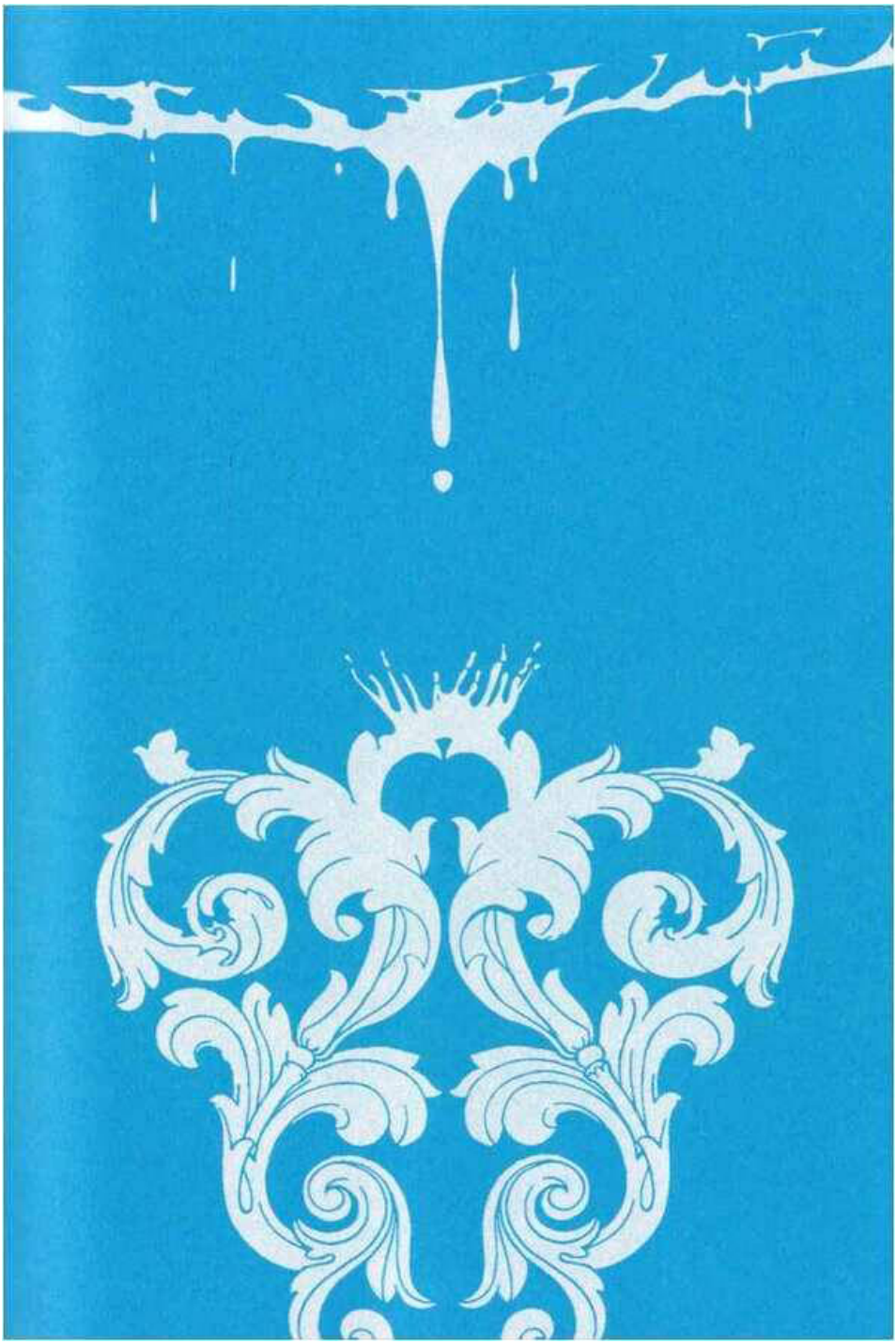
Título original: *Waters of Versailles*
Kelly Robson, 2015
Traducción: Laura Martín de Dios, 2021

Ilustraciones: Coraminas

-

Revisión: 1.0

04/05/2023



PRESENTACIÓN

Inés Macpherson

Durante, los últimos años, los nombres femeninos se han consolidado en la literatura fantástica, la ciencia ficción y el terror. Se recuperan y reivindican nombres que no habían recibido suficiente atención y se descubre una diversidad de voces nuevas que llega a las librerías dispuesta a indagar posibilidades, a saltarse fronteras y a mezclar géneros.

El de Kelly Robson es uno de estos nuevos nombres. Nacida en Canadá, nos sitúa en un mundo asolado por el desastre ecológico y nos conduce por el tiempo en *Gods, Monsters, and the Lucky Peach*; nos lleva al espacio para hablar de educación, maternidad e incomprensión en «Intervención», recogido en *Lenguas maternas, y otros relatos*, editado por Gigamesh, y nos traslada a un ambiente gótico, Victoriano y con tintes de terror en «Una mancha humana», relato largo que aparece en *Agua en los pulmones*, de Pulpture Ediciones.

El libro que tenéis en las manos, *Las aguas de Versalles*, es una novela corta. Ganó el premio Aurora en el 2016, y fue finalista del Nebula y del World Fantasy. Aquí Robson recrea una fantasía sutil, donde la historia de la corte francesa y los seres mitológicos cohabitan sin estridencias. De su mano nos adentramos por los

pasadizos de Versalles en una época en la que se ansiaba recuperar esplendores perdidos. La política y el campo de batalla son una forma de conseguirlo, pero hay un esplendor distinto, el de las luces y las fiestas, el de los chismorreos y los jardines, que necesita reencontrar su propia grandeza. Y la forma de hacerlo es devolviendo la magia a las fuentes, para que el agua corra por Versalles de manera ordenada y continua. El agua, elemento imprescindible para la vida... y para la higiene, para eliminar los olores y aliviar el cansancio. El agua, morada de ninfas, náyades y ondinas, el espejo donde nos miramos, el espacio de lo posible, del recuerdo y del olvido. Dos mundos distintos, la hipocresía de la civilización y el maquillaje, y la naturaleza más simple y agreste, unidos bajo el techo de Versalles por el protagonista de la historia, el oficial Sylvain.

Entre pelucas, faldas y polvos de colores, Kelly Robson retrata un personaje sencillo, un oficial que aspira a ganarse el favor del rey y de la corte. Para ello, Sylvain busca la manera de restaurar las fuentes de palacio y la encuentra de la mano de un ser acuático, al que utiliza en sus menesteres. Pero las fuentes no bastan. ¿Dónde más podría correr el agua? Sin abandonar la recreación histórica, la autora se embarca en un divertido juego de tronos, pero de los que utilizamos todos en la actualidad, y nos recuerda que, aunque ahora seamos un poco más iguales y todos tengamos uno en casa, en aquella época los tronos eran un privilegio.

Es posible que la popularidad de la acepción corriente de *trono* no sea casual, ya que permite un juego ligero y a la vez crítico al señalar el poder que pueden tener un asiento y un chorro de agua, y la capacidad del ser humano de transformarlo todo en una cuestión de clase, en la necesidad de tener siempre más, pero, sobre todo, más que el otro.

Como tampoco es casual la aparición de una criatura acuática como la ondina, que juega en el agua y disfruta con las canciones que le recuerdan a su tierra. Por regla general, los encuentros con seres mágicos permiten examinar el comportamiento humano, los límites absurdos a los que puede llegar, y poner en evidencia la maquillada crueldad del poder y la civilización. Quizá por eso, el retrato ameno de la frívola vida social de la corte se entremezcla con los tejemanejes de Sylvain y la extraña relación que establece con la criatura. De hecho, Robson nos ofrece en él a un personaje al que entendemos, pero con el que quizá no nos sentimos a gusto en según qué momentos, y es justamente porque representa la bisagra, el espacio entre los dos mundos que explora la narración: el de la hipocresía social y el de la naturaleza ingenua, la búsqueda del estatus que creemos desear y lo que somos cuando nos quitamos las máscaras.

Las aguas de Versalles busca ser una historia fresca y ligera, ágil y sutil, como la pequeña criatura que nada en las tuberías de palacio. Toca temas como las relaciones paternofiliales y la tendencia humana a querer encajar cueste lo que cueste, algo que ya exploraba en «Intervención». Pero también invita a disfrutar, a jugar, a correr, a imaginar fuentes de champán y a pensar en lo que a veces dejamos atrás por querer alcanzar metas que ni siquiera son nuestras.

UNO

Sylvain acababa de levantarle la falda a Annette cuando comenzaron a caer gotas. La primera aterrizó en la peluca de la dama y alzó una nubecilla de polvos rosáceos. Sylvain hizo caso omiso y la tumbó en el sofá. La respiración agitada de Annette se tornó en jadeos que dispersaron más polvos. Tenía los muslos fríos y un tanto húmedos... Tal vez su excitación no fuera fingida, pensó Sylvain, y dedicó esfuerzos renovados a su cuello.

Tras dos inviernos en Versalles, estaba sobradamente familiarizado con la pasión general por los polvos de maquillaje. No había cortesano que no dispusiera de cuencos y arquetas con todos los colores y fragancias. Aparte de los polvos rosados para el pelo, Annette había escogido dorados para el rostro y lavanda para el cuello y el escote. La variedad aumentaría a medida que Sylvain descendiera. Ya lo investigaría a su debido tiempo.

La segunda gota aterrizó en la punta de la nariz de Annette. Sylvain la retiró de un lametón veloz.

—Os lloran las tuberías, *monsieur* —comentó la dama entre risitas.

—No hay de qué preocuparse —dijo Sylvain mordisqueándole el cuello.

El goteo se debía a la condensación, una molestia inevitable con las frías cañerías recorriendo el techo de habitaciones demasiado caldeadas.

El sofá crujió cuando Sylvain descansó su peso en él. Se trataba de un capricho delicado de satén y pan de oro en el que a duras penas cabían los dos, y Sylvain se disponía a emplearse a fondo en él.

Annette gimió cuando se tumbó encima de ella. Estaba resultando mucho más entretenida de lo que Sylvain esperaba, vivaz y ágil. Los jadeos eran auténticos, de eso no cabía duda, y le tiraba de la camisa con una fuerza sorprendente.

Notó una gota en la nuca, y al poco, otra. Annette, rendida por completo, emitió un gruñidito gutural cuando la penetró. Una tercera gota rodó por la peluca de Sylvain y le resbaló por la cara y la nariz. Al alzar la vista, un reguero de gotas le corrió por la mejilla, cada una mayor que la anterior.

Aquello era un problema. Las cañerías del techo formaban parte del nuevo tramo, que se ramificaba hacia los aposentos de dos hombres influyentes y al menos una docena de acaudalados. Sus trabajadores las habían instalado poco después de Navidad. Aunque hubieran realizado una labor poco esmerada, era imposible que perdieran agua. Se había asegurado de ello.

Tomó a Annette en brazos y la atrajo hacia sí para que las gotas aterrizaran en la tapicería y no en su cabeza, y luego alargó el cuello para echar un vistazo al techo. Annette gimió en protesta y le agarró las caderas con firmeza.

Las gotas manaban de una juntura, rápidas como lágrimas. Algo iba mal en las cisternas. Tenía que hablar con Leblanc de inmediato.

—¿Sylvain? —dijo Annette con voz entrecortada.

Aquello podía esperar. Tenía que mantener la reputación, y cumplir con la dama era tan crucial para su futuro como el agua que circulaba por Versalles.

Volvió a hundirse en ella, y alcanzó un ritmo galopante

mientras las gotas le repiqueteaban en la nuca. Llevaba meses esperando esa ocasión. Debería perderse en las carnes adornadas de cintas y volantes de Annette, en los pezones con arrebol artificial que asomaban por el corpiño, en el gesto contraído y ruborizado, y en el empuje incontrolable de sus caderas, pero los pensamientos le vagaban por palacio. ¿Perderían agua todas las junturas?

En lugar de enfriar su desempeño, la distracción creciente lo alargaba. Cuando acabó con Annette, estaba despeinada, con los polvos emborronados, el colorete corrido y sonrojada como una lechera.

Esta le dio un tironcito de un mechón de la peluca y le acarició la mejilla con una palma resbaladiza por el agua.

—*Monsieur*, tal vez deberíais recomponeros.

Sylvain se levantó y se arregló la ropa con premura. Tenía la peluca mojada, sí, incluso empapada, igual que el cuello y la espalda de la chaqueta. Un vistazo en un espejo dorado le confirmó que ofrecía el aspecto sudoriento de un campesino, como si hubiera estado deslomándose en la cosecha y no concluyendo una seducción larga y hábilmente planeada, una seducción que exigía una salida elegante en vez de echar a correr hacia la puerta para examinar el palacio en busca de fugas.

Annette estaba satisfecha, más que satisfecha a pesar del estado en que la había dejado. Parecía un gato relamiéndose la leche de los bigotes mientras se aplicaba polvos en el cuello con una borla de maquillaje; no prestaba atención a las gotas que repiqueteaban a su lado. El sofá empapado rezumaba tinte en la alfombra de color crema. Annette pasó la punta de la zapatilla de seda por el charco de agua sucia.

—Si esta no es la única gotera, puede que tengáis un problemilla, *monsieur*.

—Es posible —reconoció Sylvain tratando de esbozar una sonrisa.

Se inclinó y le besó las yemas de los dedos, una por una, hasta que Annette lo despidió con un gesto.

Tenía que adecentarse antes de ir en busca de Leblanc, y ofrecería un aspecto lamentable de camino a sus aposentos.

Al menos los cotillas que escuchaban detrás de las puertas tendrían de qué hablar durante un tiempo.

DOS

Sylvain abandonó los salones de mármol con disimulo y se adentró en el laberinto de pasillos y escaleras de servicio. Las cañerías se ramificaban en lo alto como un bosque plúmbeo. Las gotas trataban de alcanzarlo a su paso, pero no había charcos…, aún no.

El pececito podía convertir el palacio en una pecera si así se le antojaba. Se le encogió el estómago solo de pensarlo. Los depósitos del tejado contenían miles de litros de agua, y Toro y Oso instalaban depósitos con la misma celeridad con que los herreros del pueblo los construían. En el ala real, todo aquel que compartiera una gota de sangre con el rey reclamaba prioridad sobre el vecino, y el centenar aproximado de cortesanos del ala norte (menos nobles, pero no menos ricos y vanidosos) apretaban los dientes corroídos por los celos.

Sylvain se arrancó la peluca empapada y dejó que las gotas le cayeran en la cabeza, una tras otra, constantes como las agujas de un reloj, mientras recorría el estrecho pasillo. Se cobijó en el hueco de una escalera (no había tuberías ahí arriba) y se pasó los dedos por el pelo húmedo mientras echaba un vistazo más allá. El goteo había cesado. Solo se veían algunas salpicaduras en las paredes y las tablas del suelo.

El pececito estaba jugando con él. Era lo que debía de entender por una broma. Bien, que se encargara Leblanc.

Al viejo soldado le encantaba hacer de niñera de la criatura. La edad y el vino le habían sorbido la hombría y habían dejado el triste caparazón de un ama de cría que solo servía para juegos infantiles.

Una sirvienta tuvo que apretujarse para pasar a su lado y chilló al ver que se le había mojado el delantal. Un ayuda de cámara espigado la seguía de cerca. Sylvain se apartó.

—¿Ahora repartís el agua personalmente, *monsieur* de Guilherand?

Sylvain lo fulminó con la mirada y se apresuró a subir los escalones de dos en dos.

Los sirvientes de Versalles estaban acostumbrados a verlo merodear por los pasillos de servicio haciendo marcas de tiza en las paredes y el techo. Solía estar tan absorto en sus planes que no reparaba en sus comentarios, pero tenía que ponerles fin. Annette d'Arlain formaba parte del séquito de la condesa de Mailly, la *maitresse en titre* del rey Luis, y Madame disfrutaba de buena parte del tiempo y de la atención del monarca, bastante más que la pobre y olvidada reina polaca.

El próximo sirviente que se tomara libertades con él recibiría una severa reprimenda; le dejaría claro que trataba con un oficial y un soldado que se pasaba la mitad del año defendiendo las aspiraciones del rey en el campo de batalla.

Cuando acabó de asearse, secarse y cambiarse, Toro y Oso estaban esperándolo. Sus corpachones desafiaban el tamaño del saloncito.

—¿A qué juega la criaturilla? —preguntó Sylvain.

Toro retorció la gorra entre las manazas, confuso. Oso se llevó un dedo a la nariz y se la hurgó con ánimo exploratorio.

—Abajo, en las cisternas —especificó Sylvain—. La criatura. El pececito. ¿Qué hace?

—Yo y Oso estábamos en el tejado cuando llamastes,

monsieur –contestó Toro, destrozando el idioma con sus ásperas vocales de campesino.

–Andemos doblando plomo todo el día –aclaró Oso–. Plomo largo.

–El pececito cantaba al alba. La oí por las cañerías –añadió Toro, ansioso por complacerlo.

Era inútil pedir cuentas a dos hombres que apenas eran más humanos que los animales a los que aludían sus nombres. Toro y Oso eran buenos soldados, fuertes, formales y despiadados, pero el fuego de los cañones les había hecho papilla la sesera.

–¿Dónde está Leblanc?

Toro encogió los inmensos hombros.

–No lo vemos, *monsieur*. Desde hace días.

–Bajad a las bodegas. Buscad a Leblanc y traédmelo.

Lo más probable era que el viejo soldado estuviera abrazado a un tonel en una bodega abierta por descuido, celebrando su buena suerte hasta caer redondo. Pero, incluso borracho como una cuba, Leblanc sabía hablarle a la criatura. Cualquiera que fuera el problema, Leblanc devolvería el buen humor al estúpido pez.

TRES

–Nuestro bienamado rey es un hombre extraordinario –dijo Sylvain–, pero hasta los hombres de su talla solo pueden utilizar un trono por vez.

El gran chambelán se ahuecó la estola como un gallo enano y frunció las pobladas cejas.

–La cuestión no es cómo se usará el segundo trono, sino la premura con que satisfaréis la solicitud. Lo requerimos hoy. Allá vos si nos decepcionáis.

Sylvain reprimió una sonrisa. Si la realeza se calculara por el número de tronos, sería el rey de Europa. Atesoraba al menos dos docenas en un almacén del pueblo, con la porcelana bellamente decorada y los preciados accesorios de caoba envueltos en guata y ocultos en cajas sin distintivos. Su existencia era un secreto que incluso Toro y Oso guardaban con celo. Para el resto del mundo, eran objetos muy valiosos, tesoros singulares solo accesibles para la persona adecuada a un precio adecuado.

El gran chambelán paseó inquieto por la alfombra de seda. Era joven y, a pesar de su abolengo, de poseer un título nobiliario y de haber ascendido al cargo más alto, no le gustaban las responsabilidades. Había visto un par de campos de batalla desde lejos, pero no conocía el peligro real. Aquellas cejas pobladas en realidad temblaban. Sylvain habría podido alargar el encuentro sin dificultad solo por el placer de hacer sudar a un duque, pero el

recuerdo de la piel suave de Annette apeló a su benevolencia.

—El encargado del almacén acaba de informarme de la llegada de un nuevo trono. Es el *summum* del refinamiento. Berlín lleva meses esperándolo. —Sylvain se miró las uñas—. Quizá podría desviarse. Escribiré a mi encargado.

El gran chambelán entrelazó las manos y asintió, un gesto oficioso más propio de un anciano de pelo blanco.

—Ese trono podría ser aceptable.

—Como recordaréis, la instalación de los conductos es un proceso largo y molesto. Incluso con las tuberías del trono original ya colocadas, el trabajo ocasionará trastornos a su majestad.

La instalación del primer trono había sido un desastre. Oso y Toro habían abierto paredes y techos, y habían impregnado el vestidor real con sudor pestilente. Sin embargo, el rey Luis ejerció su prerrogativa real en cuanto desembalaron el trono, incluso antes de que estuviera conectado a las tuberías, de manera que el asunto quedó en tablas: el rey tuvo que inhalar sudor de trabajador, y Toro y Oso disfrutaron de manera regular de la vista y la fragancia de las saludables deposiciones reales.

El gran chambelán juntó las yemas de los dedos.

—No se requieren cañerías. Solo el trono.

—No creo que la casa real desee un segundo trono solo de postín.

—Vedlo por vos mismo —contestó el gran chambelán con un suspiro.

Acompañó a Sylvain al aseo con aroma a cedro. Un arcoíris de cojines de satén y terciopelo cubría el suelo. El retrete relucía en un lugar de honor, flanqueado por columnas de mármol. Algo crecía en el inodoro. Parecía musgo color melocotón.

El musgo volvió la cabeza. Dos ojos esmeralda le

lanzaron una mirada feroz.

—A Minou se le han ofrecido varios asientos alternativos, pero prefiere el trono. —El gran chambelán parecía incómodo—. Nuestro bienamado rey no quiere que se lo moleste. De hecho, ha desterrado al cortesano que pretendió trasladarlo.

El gato bufó; los colmillitos de marfil se recortaron contra la porcelana blanca y reluciente. Sylvain retrocedió. Los ojos felinos se entrecerraron con gesto indolente y amenazador.

Una gota gorda se formó en el codo de las tuberías doradas que pasaban por encima del retrete. La gota se deslizó por el depósito de porcelana decorada, del que quedó colgando unos instantes. Luego cayó con un plaf en la cabeza del gato, que puso unos ojos como platos.

Sylvain dio media vuelta y abandonó la habitación con el pulso acelerado.

El gran chambelán lo siguió.

—Enviad el segundo trono de inmediato. Esta tarde como máximo.

El peso del oro que le pasó con discreción en un saquito de monedas puso punto final a la petición.

—Por supuesto —dijo Sylvain intentando controlar la voz—. No obstante, es posible que el gato siga prefiriendo el primer trono.

—Lo que tenga que ser será.

En cuanto perdió de vista al gran chambelán, Sylvain atravesó los aposentos reales a la carrera y se dirigió a la concurrida Galería de los Espejos. Allí, en el atestado escaparate social de Versalles, no le quedó más remedio que frenar y adoptar un paso digno. Mantuvo la mirada al frente, distante, con la esperanza de cruzar la larga galería sin contratiempos.

—Sylvain, querido hermano, ¿a qué vienen esas prisas? —Gérard lo asió por el brazo y lo arrastró a un lado de un

tirón–. Quédate y demos un paseo.

–Maldito seas –musitó Sylvain entre dientes–. Ya sabes que no *tengo tiempo para hacer el vago. Suéltame*.

–No me prives tan pronto de tu compañía –se burló Gérard.

Sylvain había visto a su amigo, el marqués de la Châsse, en todas las situaciones imaginables: imberbe y blanco de miedo ante comandantes marcados por la guerra; borracho durante los permisos en tabernas de pueblo que apestaban a turba; herido, ensangrentado y arañando la hierba en el campo de batalla. Se habían salvado el pellejo mutuamente cientos de veces, casi tantas como uno había expuesto al otro al peligro.

La peluca negra de Gérard estaba cubierta de polvos de color carbón que desprendían una suave fragancia almizclada. El morado intenso de la chaqueta le acentuaba las ojeras oscuras y la barba incipiente.

Sylvain liberó el brazo del puño de Gérard y siguió caminando a su lado. Al menos ahí no había tuberías en el techo ni, por tanto, peligro de salpicaduras. La galería debía de ser uno de los lugares más seguros del palacio. Acompañó a su amigo hasta las puertas y se dispuso a escapar.

Gérard se inclinó hacia él.

–Dame buenas noticias. ¿Hay posibilidades?

–Mi respuesta sigue siendo la misma.

Gérard gruñó, un murmullo amenazador que le resonó en lo más hondo del ancho pecho.

–Ya he oído ese ruido en el campo de batalla, Gérard –dijo Sylvain–. Aquí no te valdrá de nada.

–En el campo de batalla, tú y yo estamos del mismo lado, pero aquí insistes en hacerme frente.

Sylvain saludó al conde de Tessé. El anciano paseaba con su amante, una mujer lo bastante joven para ser su nieta, y los dos iban tan empolvados que los envolvía un

aura suave y resplandeciente de partículas rosadas. El conde alzó el guante.

—Y yo me pregunto —dijo en voz alta, como si se dirigiera a todo el salón—: ¿Sylvain de Guilherand solo puede hacer bailar el agua normal y corriente o acaso posee el mismo poder sobre sustancias más refinadas? El champán, por ejemplo.

—El ingenio posee sus límites, si bien yo aún no he encontrado los míos. —Sylvain dejó que un esbozo de sonrisa le jugueteara en la comisura de los labios.

—Sin duda, el cumpleaños de nuestro amado rey sería una ocasión apropiada para poner a prueba esos límites. Aquí mismo, de hecho, en medio de la Galería de los Espejos. ¿Acaso cabría algo más sublime?

Sylvain no tenía tiempo que perder. Asintió, y el conde prosiguió su paseo con mayor pomposidad que antes, arrastrando a su amante por el codo.

Unas monjas bloqueaban las puertas de la Galería de los Espejos mientras contemplaban boquiabiertas los dorados y los frescos del techo, como polluelos de gorrión en el nido. Sylvain y Gérard se abrieron paso.

—Parece que no lo entiendas —dijo Gérard—. Pauline está desesperada. Es vulgar hablar de dinero, pero sabes que te recompensaré con creces. Seguro que tienes problemas para recaudar dinero contante y sonante. Los cortesanos rara vez satisfacen sus deudas.

—No es cuestión de dinero ni de amistad. El tejado del ala norte no soportaría un depósito. No podría abastecer esa ala aunque me lo pidiera el rey en persona.

—Entonces deberías reforzar el tejado.

Sylvain suspiró. Gérard nunca se había topado con un problema que no pudiera resolverse con oro o por la fuerza. No comprendía las capas y capas de influencia y responsabilidad que tendría que atravesar para llevar a cabo un proyecto de construcción tan ambicioso como

colocar depósitos en el ala norte.

—Pauline se queja cada vez que mea —dijo Gérard—. ¿Sabes cuántas veces se sienta una embarazada en el orinal? ¿Y cuántas se levanta por la noche? Le molesta el olor, da igual la cantidad de perfume y agua de rosas que eche o la premura con que la doncella se lo lleve. Pauline no va a dejar de pedírmelo. No tendré paz hasta que consiga uno de esos retretes.

—Vete a dormir a otra habitación.

—Las camas frías y solitarias son para el verano. En invierno, uno quiere tener al lado el cuerpo cálido de una mujer.

—¿Tu esposa no es íntima de la marquesa de Coupigny? He oído que ha construido una pérgola de rosas alrededor del retrete. Alojaos con ella.

—La marquesa le dijo a mi mujer que no está para dar gusto a todo aquel que desee aliviarse, y la íntima amistad ha acabado en aborrecimiento mutuo. Es lo que ocurre cuando un amigo niega al otro las comodidades esenciales de la vida.

—Te proporcionaré el alivio que necesites cuando te traslades a unos aposentos a los que puedan llegar las cañerías.

—Eso significa que, a pesar de los alardes, tu ingenio ha encontrado sus límites. Aunque ayer desatascaste un buen trecho de cañerías. He oído que el asedio fue prolongado. ¿Qué altura tenían las almenas de D'Arlain?

—Pues has oído mal. Annette d'Arlain es una mujer virtuosa.

—¿Te ha contado que la amante del rey le ha puesto el nombre de la reina a su retrete? Madame mea en María la Polaca. Pauline está indignada. Me ha pedido que averigüe qué dice Annette d'Arlain.

Dos gotas salpicaron la mejilla de Sylvain, que miró frenético alrededor en busca de su procedencia.

—¿Lágrimas, amigo mío? —Gérard desplegó el pañuelo ante la nariz de Sylvain—. Annette es muy guapa, pero su coño debe de ser maravilloso.

Sylvain hizo caso omiso de su amigo y escudriñó el techo ornamentado. El dorado y la pintura disimulaban las manchas y las decoloraciones, pero los defectos de las alturas saltaban a la vista si sabías dónde mirar.

Allí. Por encima de la estatua de Hermes se extendía una mancha de agua en cuyo centro reluciente se había formado un goterón. Se hinchó, osciló como un colgante y se desprendió con un chasquido húmedo. Rebotó en el marco de un espejo, pasó junto a Sylvain, rebotó de nuevo en una ventana y lo alcanzó debajo de una oreja; el cuello de la camisa se le empapó.

Sylvain abandonó la Galería de los Espejos como liebre que huye aterrorizada a su madriguera. Corrió sin pensar en el decoro, pisó la cola de encaje de una mujer, revolvió las plumas del tocado de otra, empujó a un clérigo y dejó un jarrón de porcelana bailando en su pedestal. El rumor de las conversaciones banales dio paso a exclamaciones escandalizadas cuando se escabulló de la sala y se adentró en un pasillo de servicio del ala vieja.

Derrapó junto al pasamanos y enfiló la escalera. Llovía a mares, y los peldaños, que salvaba de dos en dos o de tres en tres, estaban resbaladizos. El agua manaba a borbotones de las junturas, salía a chorro de las soldaduras y escapaba de las espitas.

Los estrechos pasillos que conducían a los aposentos de Sylvain estaban atestados de servidores de palacio de todo tipo y condición. Un entramado de tuberías recorría el techo: la conducción central del sistema que habían instalado Toro y Oso hacía dos años. Las uniones y junturas disparaban a Sylvain mientras corría, pero alcanzaban a todo el mundo en el fuego cruzado: mozos, sirvientes, proveedores. Sylvain dejó atrás un coro de

gritos y juramentos. ¿Qué se le iba a hacer?

Entró en tromba en sus aposentos. Resollaba cuando descansó todo su peso contra la puerta como si así pudiera contener el desastre al otro lado.

Toro y Oso estaban arrodillados junto a una pila de trapos sucios en el suelo de tablones. Los acompañaba la sirvienta de Sylvain, de pie, con los ojos enrojecidos y sorbiendo por la nariz.

—¿Qué es este desbarajuste? —preguntó Sylvain.

La sirvienta retiró un trapo con cuidado y dejó a la vista el rostro de Leblanc, con los ojos abiertos. Estaba moteado de verde y blanco, como un queso rancio. Sylvain cayó de rodillas y buscó la mano del difunto.

La halló fría y flácida. La muerte lo había visitado y, en su partida, solo había dejado un trozo de carne. Cualquier atisbo de vida había abandonado aquel rostro conocido, con los recuerdos encerrados para siempre tras los ojos sin vida y la lengua atorada en una garganta que no volvería a articular palabra.

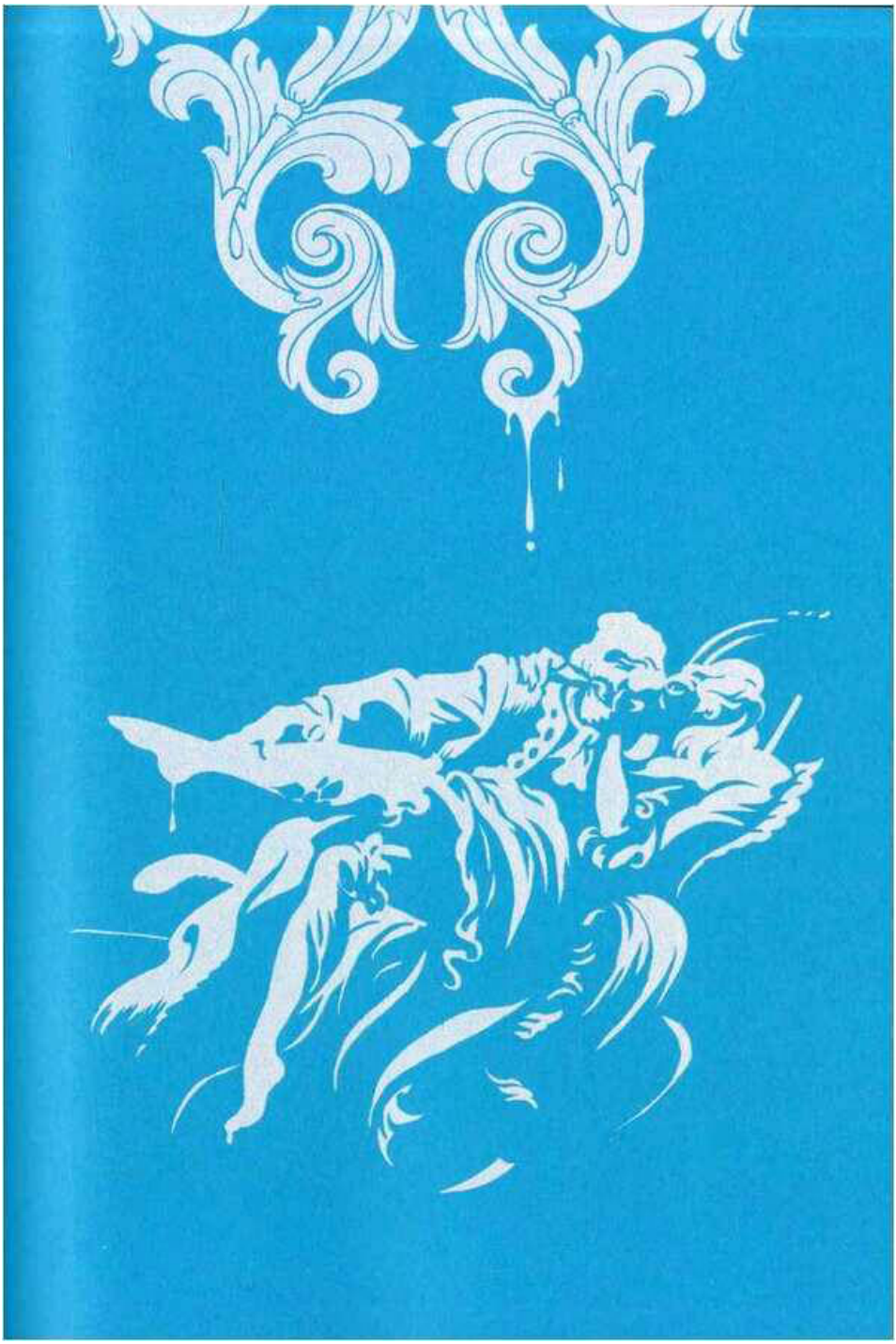
El día que se conocieron, Sylvain se había quedado mudo de asombro. El viejo soldado se había dirigido a él en el dialecto tosco y entrecortado de su tierra, dando por sentado que lo entendería. Estaban en las márgenes del Mosela, tan lejos de los Alpes meridionales como se podía estar sin salir de Francia.

Sylvain debería haber abofeteado al viejo soldado por permitirse esas confianzas con un oficial, pero por entonces erá joven y añoraba su hogar, y aquellas palabras tan familiares le sonaron a música. Mantuvo a Leblanc a su servicio solo por el placer de oírlo hablar. El hombre dejaba mucho que desear como sirviente, pero sabía tener la tienda seca en un pantano y preparar una cacerola de cuajada caliente sobre dos palos y un pedazo de turba. Habían pasado juntos las guerras polacas y dos inviernos en Quebec, y luego lo había llevado a casa durante un

permiso largo. Hacía cinco años que Sylvain no pisaba su tierra, y más de treinta que Leblanc no había visto los Alpes, pero recordaba hasta el último camino y conocía el nombre de todos los barrancos, lagunas y arroyuelos. Leblanc recordaba incluso el castillo de Guilherand, con sus altas murallas de piedra y sus fuentes abastecidas por el glaciar.

A pesar de la estrecha relación que mantenían, Sylvain nunca le contó a su anciano compañero que pretendía atrapar una ondina y llevársela a Versalles. Durante el reinado del Rey Sol, las fuentes del palacio habían sido una de las maravillas del mundo, pero su estado de deterioro con Luis XV era motivo de mofas y chismorreos en todos los salones, de Berlín a Nápoles. Sylvain estaba convencido de que podía devolver al palacio su antiguo esplendor y, a cambio, enriquecerse. Las fuentes solo eran el principio. Los lujos y las comodidades que podía ofrecer a la casa real y a los cortesanos de Versalles con un abastecimiento fiable y constante de agua limpia y cristalina no tenían límite.

No era más que un renacuajo. Sylvain la había atraído hasta una cantimplora de cuero y la había transportado debajo de la camisa, cerca del corazón, las dos semanas que había durado el viaje penoso y sin interrupciones desde su casa hasta Versalles. La cantimplora le repiqueteaba contra el pecho y tamborileaba al ritmo de los cascos, de las pisadas e incluso de los latidos de Sylvain; convertía cualquier sonido regular en el bosquejo de una canción. La cadencia le recordaba compases familiares, tonadas que oía cantar a los pastores junto a los arroyuelos de las montañas cuando pasaba, fusil al hombro, siguiendo cabras salvajes y respirando el frío, puro y fragante aire alpino.



Había mantenido la existencia de la ondina en secreto, o eso creía él. Al día siguiente de su llegada a Versalles, bajó a las cisternas a hurtadillas, con la cantimplora remetida aún bajo la camisa. Unas horas después, Leblanc lo encontró allí abajo, frustrado y sudoroso, gritando órdenes a la cantimplora e intentando que la ondina saliera y nadara en las cisternas.

—Lo que guardáis ahí no es un animal ni una persona —le advirtió Leblanc—. Patead a un perro y conseguiréis que vuelva arrastrándose junto a vos y que la próxima vez se porte mejor. Los soldados obedecen para evitar el látigo y la soga. Pero ese pececito tiene mentalidad propia.

Sylvain arrojó la cantimplora al anciano y se apartó. Este la acunó como si fuera un bebé.

—No sus debe la obediencia de un buen hijo. Es una criatura salvaje. Si no sabéis eso, no sabéis nada.

Leblanc canturreó una nana a la cantimplora con la ternura de una madre a su recién nacido. El pececito saltó a la cisterna antes de que entonara la segunda estrofa, y en cuestión de un día había conseguido que jugara con el agua. En esos dos últimos años habían sido prácticamente inseparables.

—Ay, el viejo Leblanc. Una pena. —Gérard estaba en el umbral de la puerta, tapando la vista a los curiosos de detrás—. Un buen soldado. Se lo echará mucho de menos.

Con delicadeza, Sylvain dobló los brazos de Leblanc y le colocó las manos sobre el frío y huesudo pecho. Toro y Oso se santiguaron mientras él deslizaba el pulgar y el índice por encima de los párpados apergaminados del cadáver.

Gérard cerró la puerta y dejó fuera a la multitud que se había congregado. Sylvain intentó pasar por alto el dolor punzante entre los ojos y el vacío demoledor de sus

entrañas.

–Sylvain, mi querido amigo. ¿Sabes que estás sentado en un charco?

Sylvain bajó la vista. El suelo estaba mojado. Toro chapoteaba en el borde del charco con la punta de la bota y salpicaba los tablones de regueros diminutos mientras Oso contribuía a agrandarlo con una lluvia constante de lágrimas que se le precipitaban desde la punta de la hirsuta barba.

–No pretendo saber de lo tuyo –apuntó Gérard–, pero creo que podría haber un problema con las cañerías.

Sylvain soltó una carcajada seca. No pudo evitarlo. Un problema con las cañerías. Sí, y solo podía empeorar.

CUATRO

Sylvain apenas había visitado las cisternas en esos dos inviernos. No había hecho falta. El pececito era la criatura de Leblanc. Habían estado los dos solos durante meses mientras él luchaba en las campañas de verano y, en invierno, Sylvain tenía responsabilidades de sobra en la superficie: restaurar y reparar las fuentes de palacio, planear e instalar los sistemas de conducción de agua y, lo más importante, llevarlo a cabo mientras alimentaba su imagen de caballero distinguido que disfrutaba de una vida de ocio asistiendo a *levées* y *soirées*, cenas y óperas.

Versalles suscitaba la admiración del mundo entero. Era el más ostentoso de los palacios, habitado por los cortesanos más refinados, con salas repletas de esculturas y obras de arte, y jardines que rivalizaban con los cielos con un sinfín de fuentes y estatuas. Conservaba la fama que había alcanzado en el apogeo del reinado del Rey Sol, pero un examen riguroso delataba que el palacio se desmoronaba.

Sylvain había entrado en Versalles con paso decidido y se había encargado del trabajo en las fuentes. Les había devuelto el esplendor y las había hecho funcionar día y noche para el deleite de Luis el Bienamado, algo de lo que ni siquiera el Rey Sol había podido vanagloriarse.

El túnel que conducía a las cisternas nacía en los sótanos del ala vieja del palacio, los cuales formaban parte

de los cimientos originales. La primera vez que lo vio, hacía varios años, le resultó insoportablemente frío y húmedo. En esos momentos se respiraba un aire puro de fragancia floral. Una brisa impregnada de humedad le acarició la cara, como si se encontrara junto a una cascada y el torrente impetuoso moviera el aire.

El nido musgoso de la ondina asomaba en el centro de una amplia piscina de piedra. Las bombas viejas y oxidadas proyectaban en lo alto una nube de rocío. El agua de la piscina palpitaba, se alzaba y descendía con la cadencia de la respiración.

La ondina estaba tumbada con languidez en el borde del nido, con las piernecitas medio sumergidas y los pies largos y palmeados removiendo despacio el agua. La muy tontita ni siquiera era capaz de estarse quieta cuando simulaba que dormía.

Sylvain rodeó la piscina y trepó hasta los bloques de granito más altos y secos. El techo y las paredes de la gruta estaban cubiertos de helechos y musgo que goteaban. Un millón de perlas de agua reflejaban el brillo verdoso de su piel.

—¡Eh, tú! —la llamó, alzando la voz para hacerse oír por encima de la sinfonía de goteos y borbotones—. ¿A qué estás jugando?

La ondina se retorció en el musgo. El brillo húmedo de la piel se le intensificó, y la bruma que envolvía el nido se espesó hasta dar la impresión de que la ondina estaba rodeada de lucecitas. Se apoyó en un codo escuálido y sumergió una mano en la piscina.

Con la piel reluciente y las formas elegantes, tanto podría haber pasado por una salamandra como por una niña, pero no estaba hecha para la indolencia. Igual que una poza de agua, vibraba con cada impulso.

Un susurro se alzó sobre el ruido. Era más un borbotón que una palabra. Se oyó de nuevo; no era francés, sino algo

que a Sylvain le recordó el dialecto montañés de su tierra. Tras varias repeticiones, por fin lo entendió.

—Aburrida —dijo la ondina. Le temblaban los labios. Llovían gotas de los helechos—. ¡Muy aburrida!

—Eres una malcriada —replicó Sylvain en el francés de la corte.

La criatura sonrió, y los ojos grandes y lechosos resplandecieron cuando los volvió hacia él desde el otro lado de la piscina. Sylvain se estremeció. Eran humanos, casi, y en aquel rostro terso y anfibio resultaban inquietantes. Los globos oscuros de una salamandra habrían sido menos perturbadores.

—Canta —le pidió la ondina—. ¿Cantas una canción?

—No.

La criatura se recostó sobre un surtidor y se llevó la mano palmeada a la frente con el histrionismo de una cantante de ópera.

—Muy aburrida.

Al menos no preguntaba por Leblanc.

—Las niñas buenas que se esfuerzan no se aburren nunca.

El surtidor disparó un chorrito de agua que le dio en pleno pecho.

—¡Cazado! —La criatura rio; un borbotón atolondrado.

«Tranquilo», pensó Sylvain mientras el agua le caía por las piernas.

—Sí, pero ¿qué consigues con eso? Algunas niñas buenas reciben regalos si se esfuerzan. ¿Quieres un regalo?

La ondina frunció el ceño mientras lo meditaba.

—Quizá —contestó.

No era la respuesta que esperaba Sylvain, pero se conformó.

—Pórtate bien. Ni una gota fuera de las cañerías y los depósitos. Haz que el agua siga circulando y te traeré un

regalo como a una niña buena.

–Niña buena –repitió la ondina en francés–. Pero ¿qué consigues con eso?

Se le daba bastante bien imitarlo: había copiado el acento a la perfección. Pero era como un loro, repetía todo lo que oía.

–Un regalo bonito. Sé buena.

–Buena –repitió la ondina en francés, aunque enseguida volvió a la lengua de las montañas–: ¿Cantas una canción?

–No. Volveré dentro de unos días.

Sylvain le dio la espalda con gran alivio.

–¿Leblanc canta una canción? –preguntó la criatura cuando él ya se iba.

Ahí estaba. «Tranquilo –se dijo–. Los animales perciben la tristeza. Sigue caminando».

–Leblanc está ocupado –contestó, volviendo la cabeza –. Quiere que seas buena.

–Pórtate bien –gritó la ondina cuando él doblaba la esquina.

CINCO

Sylvain recorrió la Galería de los Espejos con la mirada puesta en la zona agrietada del techo, por encima de la estatua de Hermes. No se habían producido más incidentes con las cañerías. Se había pasado toda la noche examinando hasta la última juntura acompañado de Toro, que no había parado de bostezar. Al alba, se había llevado a Oso a los tejados para echar un vistazo a los depósitos.

Revisar la Galería de los Espejos era la última tarea. Se había afeitado y arreglado, aunque a aquellas horas de la mañana allí no habría nadie de importancia, solo un puñado de pueblerinos y curiosos boquiabiertos.

No esperaba ver a Annette d'Arlain entre ellos.

Iba envuelta en gasas de oro y escarlata. Los polvos de tocador, también dorados, le resaltaban la sombra tenue de las clavículas y le definían los rizos de la peluca, delicados y marfileños. Una tropa de pueblerinos admirados la seguía mientras paseaba por la galería. Ella no les hacía el menor caso.

—El conde de Tessé afirma que le prometisteis una fuente de champán —le dijo a Sylvain pasando las plumas del abanico entre los dedos.

Él realizó una profunda reverencia, que demoró para poner en orden las ideas. Apenas recordaba la conversación con el conde. ¿A qué se había comprometido?

—No le prometí nada —dijo al tiempo que se enderezaba.

Annette no le había ofrecido la mano. Se mostraba fría y distante, como las estatuas de mármol que flanqueaban la galería.

—La idea ha llegado a oídos de Madame, quien me ha enviado para que os insinúe que pronto será el cumpleaños del rey. Pero… —Bajó la voz, hizo una pausa dramática y abrió el abanico de golpe. Sylvain esperaba que compartiese con él una confidencia al oído, pero Annette continuó en el mismo tono impersonal—. Pero debo avisaros: las fuentes de champán son decepcionantes. Beber champán sin burbujas no tiene ninguna gracia. Como con muchos otros placeres, la triste realidad no hace justicia a las expectativas.

¿Estaba sinceramente ofendida o solo quería meterlo en cintura? Fuera lo que fuese, le debía toda su atención. La había seducido, la había dejado jadeando en el sofá y la había desatendido durante dos días. Ni un regalo, ni una nota, nada de nada. Esa no era manera de conservar el favor de una dama.

Annette cerró el abanico con un gesto brusco; esperaba una respuesta.

Era el momento de interpretar el papel de cortesano. Se acercó de modo que ella tuviera que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos. Debían de componer un bonito cuadro para la rústica concurrencia. Adoptó una voz grave y la dirigió solo a los oídos de Annette.

—Detestaría decepcionaros, madame.

—Los amantes siempre decepcionan. La emoción que conlleva la expectativa es la mejor parte de cualquier aventura.

—No estoy de acuerdo. Jamás he conocido la decepción en vuestra compañía; solo el cumplimiento de mis más dulces sueños.

Annette no se dejó impresionar.

—Supongo que alcanzasteis el cielo en mis brazos.

—Espero que lo alcanzáramos ambos.

Un hoyuelo apareció en la mejilla de Annette.

—El hombre es mortal.

—Por desgracia —dijo Sylvain.

Annette le ofreció la mano, pero la retiró al instante, lo justo para sentir el roce de los labios de Sylvain. Se deslizó hasta la estatua de Hermes y le paseó un dedo por la curva de la pierna.

—Tenéis suerte de que no me interesen ni los regalos ni las fruslerías, *monsieur*. Detesto las flores que se marchitan y hace meses que no veo una alhaja que me llame la atención.

Sylvain miró el techo. Se había formado un entramado de grietas en torno a un círculo de yeso húmedo. Annette estaba justo debajo.

La asió por la cintura y la apartó de un tirón. Ella chilló y lo golpeó en el pecho con los puños. La pasión era la única excusa para el comportamiento de Sylvain, de modo que se aferró a ella como un ahogado a una tabla de salvamento, estrechó a Annette con fuerza y la besó. Esta forcejeó un momento, pero al final se rindió y separó los labios a regañadientes.

«Ya puestos, hagámoslo bien», pensó Sylvain, y la inclinó hacia atrás para dar un final digno a la escena del beso. Los pueblerinos ahogaron gritos de satisfacción. Sylvain aflojó la presión, pero siguió rodeándole la cintura.

—¿Cómo puede un hombre conservar el favor de una dama si se le prohíbe hacer regalos? —preguntó tratando de adoptar un tono grave y seductor.

—¡Dejando de comportarse como un salvaje! —exclamó ella, y lo golpeó con el abanico.

Annette corrió hacia la puerta más cercana arrastrando tras ella los drapeados. Un trozo enorme de

yeso se desprendió del techo con un crujido y se estrelló contra la cabeza de la estatua. Fragmentos de yeso mojado quedaron repartidos por toda la estancia. Los pueblerinos se desperdigaron, sobrecogidos y emocionados.

Sylvain aplastó un pedazo de yeso con el tacón, lo revolvió con saña hasta convertirlo en una pasta y abandonó la galería con paso airado.

El pasillo principal estaba atestado. Los sirvientes corrían arriba y abajo con baldes de carbón, bandejas de pasteles y cestas de fruta, el tipo de comodidades que exigían los indolentes y poco madrugadores cortesanos. Se abrió paso entre ellos y subió al vestíbulo de la tercera planta, en cuyo techo confluían cinco cañerías.

—¿Qué me tienes preparado, diablillo? —masculló entre dientes.

Una doncella bajaba la escalera con estrépito, cargada con un montón de ropa limpia. Le bastó una mirada a Sylvain para volverse por donde había venido.

Él había pasado noches enteras en un peñón alto y pelado, atrapado por ventiscas de primavera. Había seguido el rastro de cabras salvajes escalando por la pared vertical para asegurar el tiro equilibrando el fusil entre una roca y una caída de cientos de metros. En cierta ocasión había rescatado un cordero que balaba lastimero de las fauces del lobo con peor fama del valle. Se había enfrentado a los enemigos del rey en el campo de batalla y había conducido a hombres a la muerte. Podía dominar a una simple criatura, por poderosa que fuera.

—Adelante, mójame. Si vas a seguir haciendo de las tuyas, atrévete ahora.

Aguardó. Las cañerías parecían secas. Las soldaduras de las uniones se veían de un gris apagado, y la parte superior de las tuberías estaba cubierta por una fina capa de polvo.

Les dirigió una última mirada feroz.

–Muy bien. Ahora nos entendemos.

SEIS

El ataúd de Leblanc brillaba bajo el frío sol invernal. Toro y Oso observaban el trabajo de los sepultureros y se sorbían la nariz sonoramente.

Gérard se había ocupado de todo. Sylvain no había tenido ni un instante para pensar qué hacer con el cadáver del viejo soldado, y este ya estaba lavado, vestido y amortajado en una capilla del pueblo. Gérard incluso había dispuesto que una monja velara el cuerpo mientras pasaba con vigor las cuentas del rosario y murmuraba oraciones entre encías desdentadas.

La monja se escandalizó cuando Toro y Oso se llevaron el féretro delante de sus narices, pero Sylvain quería el cuerpo de Leblanc lejos del palacio, oculto en las profundidades de la tierra seca, donde el pececito no pudiera encontrarlo. Gérard y Sylvain abrían la comitiva a caballo, a buen paso; Toro y Oso los seguían con el ataúd dando botes en el carro. Trotaron hacia la ciudad hasta que encontraron un cementerio adecuado, con abundante tierra seca, lejos de canales y arroyos.

—Es probable que sea el mejor lecho en el que haya dormido tu amigo Leblanc. —Gérard dio una patadita al ataúd con la punta de la bota.

—Muy generoso de tu parte, Gérard. Gracias.

Gérard se encogió de hombros.

—¿Quién pone precio a la comodidad eterna? Y sé que te

era muy querido.

Sylvain observó el cielo mientras el cura musitaba frente a la tumba. Una masa de nubes de tormenta se congregaba en el horizonte y se cernía sobre Versalles. Era pura coincidencia. El pececito no podía controlar el tiempo. Era imposible.

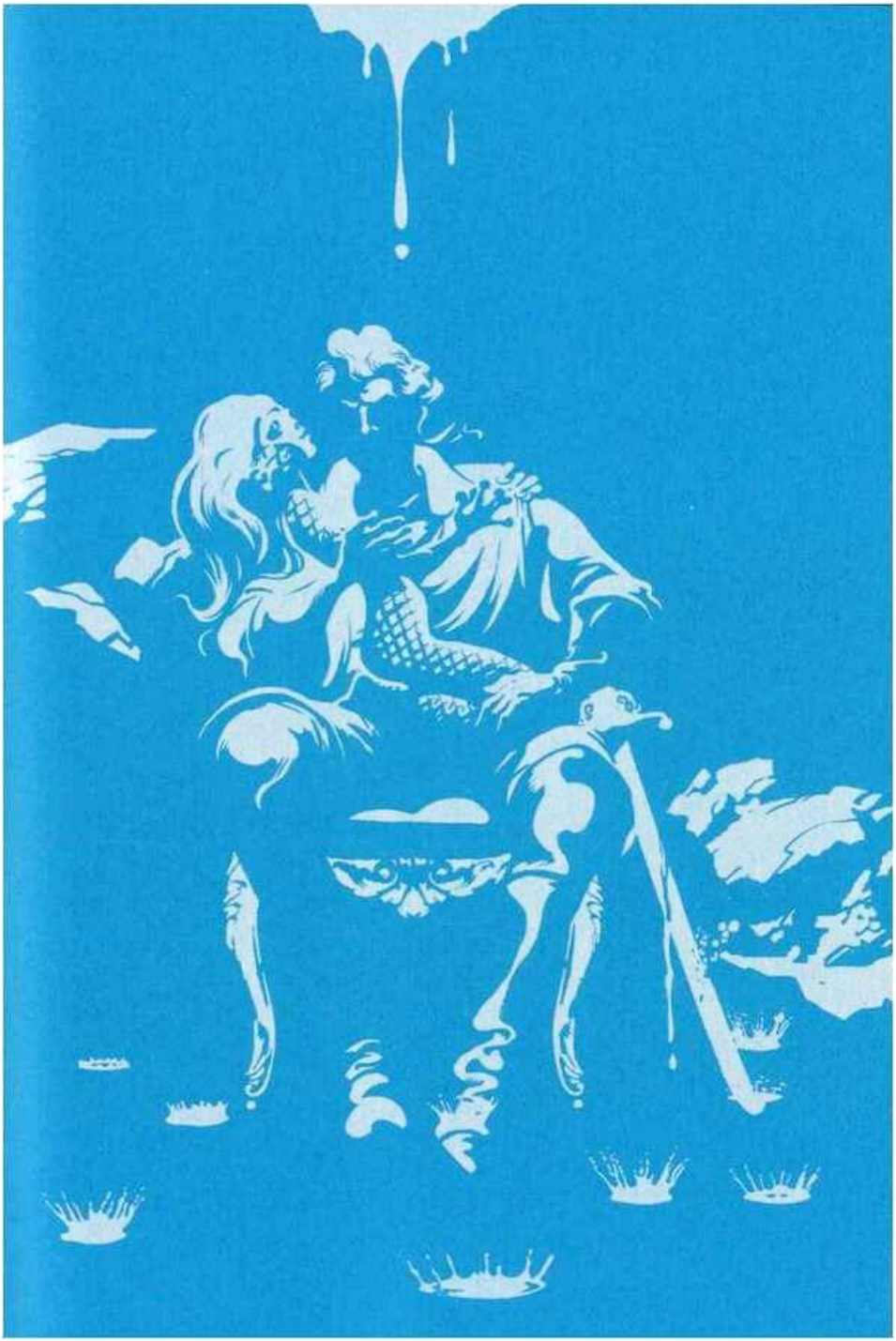
Los sepultureros empezaron a llenar el hoyo con parsimonia. Gérard se alejó para hablar con un menestral que llevaba un mandil de cuero polvoriento. Sylvain vio que las nubes lejanas se oscurecían y la lluvia teñía el horizonte de plata.

Gérard regresó a su lado.

—Ha llegado el marmolista. ¿Qué quieres que ponga en la lápida?

—Nada —contestó Sylvain, aunque vaciló.

¿No estaba comportándose de manera absurda sacando el cuerpo del palacio a toda prisa y llevándoselo a leguas de allí? Ella no tenía raciocinio. Era un animal. Cualquier comprensión que pudiera alcanzar de la muerte era puro instinto, la mano del destino que debe evitarse en los momentos de crisis. No sabía leer. Podía poner cualquier cosa en la lápida y ella nunca lo sabría.



Sin la ayuda de Leblanc, los fondos de Sylvain no habrían durado ni un mes en Versalles. Se habría exprimido el monedero y habría regresado a casa con el rabo entre las piernas. Pero con Leblanc en las cisternas mimando al pececito, todo el palacio lo esperaba ansioso en la cama. ¿Y qué había hecho él a cambio por el viejo soldado? Leblanc merecía una losa en su memoria.

El marmolista se golpeó la pierna con la gorra. El cura chascó la lengua en señal de desaprobación.

—Debe tener una lápida, Sylvain —replicó Gérard—. Fue soldado toda su vida. Es lo mínimo que merece.

¿Qué ganaba descuidando los detalles?

—Pon el año de la muerte, nada más. Ni nombre ni regimiento.

Entregó una moneda al cura y otra al marmolista, y venció así cualquier otra objeción.

Los sepultureros eran tan lentos que parecía que estuviesen llenando el hoyo con cucharas en lugar de con palas. Sylvain ordenó a Toro y Oso que se encargaran ellos. Los sepultureros los miraban boquiabiertos, fascinados por que alguien trabajara mientras ellos descansaban. Uno bostezó.

—Cuando el diablo no tiene qué hacer, mata moscas con el rabo —soltó el cura, y los envió de vuelta a su trabajo habitual en el corral de al lado.

Una idea asaltó a Sylvain. El pececito afirmaba que se aburría. Quizá le había encomendado una tarea demasiado fácil. Las tuberías de plomo y los depósitos gigantescos hacían la mitad del trabajo. Sylvain podía dar un giro a la cuestión. La mantendría ocupada, demasiado ocupada para aburrirse y, desde luego, demasiado ocupada para bromas y jueguecitos.

–Dile a tu mujer que no deberá esperar mucho más para tener su propio retrete –dijo a Gérard cuando subieron a sus monturas–. De aquí a pocos días tendrá la satisfacción de conceder o negar su uso a sus amistades como le plazca.

Gérard sonrió de oreja a oreja.

–¡Magníficas noticias! Pero ¿de aquí a pocos días? ¿Cuánto se tardará en reforzar el tejado?

–Creo que he descubierto una solución rápida.

SIETE

Los nuevos conductos de agua eran demasiado endebles para llamarlos tuberías. En realidad, se trataba de mangas, tal como les había explicado a las costureras del pueblo.

–¿Cantas una canción?

El pececito removía el agua con un largo dedo del pie. Tenía la suave piel perlada de gotitas que brillaban y relucían como piedras preciosas.

–Hoy no. Es hora de que te pongas a trabajar –contestó Sylvain mientras desenrollaba la manga de algodón. Metió un extremo en la piscina, enrolló una cuerda alrededor y lastró los cabos con una piedra–. Sé buena y muéstrame qué sabes hacer con esto.

La ondina lo miró desconcertada; le caían gotas del pelo. Ni la menor sombra de comprensión empañaba la perfecta ignorancia de aquellos ojos sobrenaturales. Se zambulló en el agua y desapareció.

Sylvain aguardó. La ondina asomó en medio de la piscina y escupió un chorro de agua hacia el techo.

–Muy bonito, pero ahora atiende aquí –dijo Sylvain, asombrado de su propio autodominio–. ¿Ves este trozo alargado de algodón? Está hueco como una cañería. Muéstrame lo bien que puedes hacer circular el agua por dentro.

La ondina se estiró y se sumergió. La superficie rieló y

luego se calmó. Sylvain escrudiñó la piscina cristalina buscando su forma estilizada. La ondina saltó, se abrió paso a través del agua justo delante de sus narices y lanzó una gran ola que lo salpicó de pies a cabeza.

¿Cómo lo aguantaba Leblanc? Le dio la espalda para ocultar su frustración.

Trataba de quitarse la chaqueta de terciopelo empapada cuando cayó en la cuenta de que estaba hablándole en el francés de la corte. ¿Cómo iba a entenderlo la ondina?

—Me juego lo que quieras a que no puedes hacer circular el agua por este tubo —dijo cuando la vio emerger. Le resultó extraño hablar el dialecto tosco de su tierra después de tantos años acomodando la lengua al francés de la corte.

Aquello atrajo la atención de la ondina.

—¡Juego! —Saltó fuera del agua—. ¿Qué juego?

—Bueno, no sé. Veamos qué tengo.

Fingió que rebuscaba a regañadientes en el bolsillo del pecho y extrajo una moneda. Era de poco valor (ningún sirviente de palacio se agacharía por ella), pero le había sacado brillo hasta dejarla reluciente.

La hizo rodar entre el pulgar y el índice para que destellara al resplandor de la piel de la criatura. Las gotas que le caían a ella del pelo se aceleraron y salpicaron la punta de las botas de Sylvain.

—Bonita —dijo la ondina, y pasó la punta de un esbelto dedo por el tubo de algodón.

La piscina rieló. El tubo se hinchó y se agitó. Se retorció como una serpiente, arrojando agua hacia los helechos, pero el otro extremo permaneció anclado en el agua. El tubo goteaba, no solo por las costuras, sino todo a lo largo.

—Buen trabajo —la felicitó Sylvain, y le arrojó la moneda.

La ondina dejó que le pasara por encima y se hundiera en la piscina. Soltó una risita borbollante, flexionó las gráciles piernas y dio una voltereta hacia atrás para seguir la trayectoria de la moneda bajo la superficie.

Sylvain repitió el experimento con tuberías de distintas telas (lino, seda, satén), de todos los tejidos de los que disponía. La primera, de algodón, conservaba gran parte de la rigidez, pero continuaba rezumando agua, igual que el ancho tubo marrón de holanda. El de lino yació desinflado como una serpiente muerta, y una serie de mangas de satén y seda batallaban por el estanque, entrechocando como espadas entre danzas y contorsiones.

Las tuberías de terciopelo eran las que mejor funcionaban. El grueso tejido contenía una capa de agua entre las fibras y, tras varios intentos, el pececito aprendió a manipular la superficie húmeda, a estirar el tubo y mantenerlo estanco.

Con la llegada de la noche, su guarida estaba engalanada con un ramillete de tubos multicolores saltarines que escupían agua. La ondina reía como una niña loca de alegría, aplaudiendo y saltando bajo la llovizna, pero Sylvain no tuvo que recordarle que no lo salpicara, ni una sola vez.

Cuando se le acabaron las monedas relucientes, la piel del pececito desprendía un brillo tan intenso que iluminaba hasta el último rincón de la gruta. Sylvain le dejó la última moneda en la palma esbelta, como si pagara a un proveedor. Las membranas de los dedos eran transparentes como pompas de jabón.

—Hoy has ganado un montón de apuestas —dijo.

—Las niñas buenas ganan.

La ondina tiró la moneda al estanque y lo miró con ojos implorantes.

—Nada de cantar, solo trabajo —se le adelantó Sylvain.

—Una vez cantaste.

Sí, era cierto. ¿Cómo podía acordarse? Él casi lo había olvidado. Se había agachado al borde de una catarata de alta montaña mientras una neblina gélida le rociaba el rostro y le perlaba el pelo, y había entonado una canción de pastores para atraerla hasta la cantimplora. No era más grande que un renacuajo, pero saltaba y daba volteretas entre los imponentes rápidos como si no le supusiera esfuerzo.

Había crecido mucho en esos dos años. De ser más pequeña que su pulgar, a tener el tamaño de una niñita. Del huevo a un desarrollo completo en solo dos años.

Sin embargo, dos años eran toda una vida, y en ese momento aquellas montañas parecían remotas y fuera de su alcance. No quería pensar en ello. Tenía por delante una noche de entretenimientos que atender y, después, mucho trabajo.

OCHO

Casi había conciliado el sueño cuando Annette le clavó los dedos de los pies en la pantorrilla. Sylvain se dio la vuelta y fingió que dormía.

Le había dedicado una tarde de fervorosas atenciones y había acabado despatarrado en su cama, desnudo, agotado y sudoroso. A pesar del cansancio extremo tras largas noches de planear la nueva disposición de tubos de terciopelo del palacio, le había ofrecido un remedo bastante bueno de devoción y varias horas de su tiempo. No podía pedirle más.

Annette volvió a pasarle las uñas de los pies por la pantorrilla. Sylvain entreabrió un ojo y trató de adoptar la mirada indolente del sibarita versallesco. Ella se reclinó en medio de la cama, cubierta de gasa rosa. Los cortos mechones de pelo oscuro se le rizaban sobre las orejas, como a un chico. La dama le había arrancado la peluca unas horas antes y él había respondido haciendo otro tanto, con mayor delicadeza pero idéntico entusiasmo.

—Nada de dormir, Sylvain. Aquí no. Debéis estar preparado para saltar por la ventana si llega mi marido.

—¿Queréis que corra medio desnudo por los jardines, a la vista de media corte? Querida mía, eso acarrearía mi muerte y vuestra decepción. —No consiguió reprimir un bostezo—. Las damas irían tras de mí día y noche.

—Había olvidado eso de vos —murmuró Annette entre

dientes.

Sylvain rodó sobre sí mismo para ponerse en pie y recogió un chal de seda del suelo. Se lo envolvió en la cintura como un salvaje y volvió a la cama. Enarcó una ceja, invitándola a continuar, pero ella había empezado a jugar con un tarro de maquillaje.

—¿Qué habíais olvidado de mí?

Si su observación ocultaba la intención de insultarlo, quería saberlo.

Annette le colocó el pie en el regazo.

—Había olvidado que sois un hombre singular.

No sonaba a insulto. Sylvain permitió que le asomara una sonrisa.

—¿Es una valoración vuestra o son otros los que dicen que soy un hombre singular?

—Nada más que mi opinión. ¿Cuánta gente de palacio pierde un solo instante en pensar en alguien que no sea ellos mismos? Incluso yo, a pesar de mi excepcionalidad, pocas veces tengo un momento para reparar en la existencia de los demás. La vida es un no parar. —Le dio un golpecito con el dedo del pie.

—Entonces, antes de que pase este momento, explicadme a qué os referís con «singular». —Para animarla a hablar, le cogió el pie con ambas manos y se lo apretó.

A Annette se le dibujó un hoyuelo en la mejilla.

—Se trata de una contradicción y un interrogante. Con «singular» me refiero justo a lo contrario. Sois tres o cuatro hombres cuando muchos otros a duras penas alcanzan a ser ni medio.

—Me aduláis. ¿No debería ser ese mi cometido?

—No pretendo adularos. De hecho, nada más lejos.

Metió el dedo en el tarro de maquillaje e hizo un mohín para embadurnarse los labios con el pigmento satinado. A continuación volvió a estirarse sobre los cojines de

terciopelo y arqueó la espalda cuando Sylvain le masajeó los dedos de los pies.

—Sylvain el ingenioso puede ser un buen invitado a una cena, pero no mejor que cualquier otro hombre con cierta agudeza. Sylvain el cortesano contribuye al poder de la corona y al lujo del palacio, como es su obligación. Sylvain el amante se maneja bien en la cama, como debe si no desea dormir solo. No puedo hablar de Sylvain el soldado o el cazador, pero depositaré mi fe en sus virtudes.

—Os lo agradezco —dijo Sylvain, masajeándole el talón.

Annette agitó la mano restándole importancia.

—Todas esas cosas se dan por sentadas y no hay nada destacable que comentar al respecto. Pero el verdadero Sylvain es el singular, el único, y aun así el hombre en el que muy pocos reparan.

—¿Y ese hombre es…?

—No sé si debería decíroslo. Podríais dejar de masajearme el pie.

—Cómo os gusta haceros la misteriosa…

—El único misterio es cómo os las habéis arreglado durante tanto tiempo. Si lo supiera alguien más, os echarían de palacio.

—Me detendré si no me lo decís.

—Muy bien, Sylvain: sois un luchador.

Sylvain sintió que se le caía el alma a los pies.

—Qué absurdo. Creía que ibais a decir algo interesante, pero no son más que tonterías.

Annette le propinó un golpecito en la entrepierna con el pie.

—No os ofendáis. Luchar debe de formar parte de vuestra naturaleza. O tal vez os lo inculcaron de pequeño y lo lleváis en la sangre, con la hostia y el catecismo. Pero acabará en desastre. Luchar siempre acaba igual.

Sylvain mantuvo la expresión distante y volvió a acariciarle el pie.

—Queréis aumentar de posición —prosiguió Annette—. Quienes lo intentan carecen de verdadero hogar.

Dejan atrás el lugar que ocupan legítimamente, concedido por la gracia de Dios, y aun así jamás consiguen su propósito. Se mantienen en una especie de limbo; deciden empezar la eternidad en el purgatorio incluso antes de morir.

—Y vos habéis decidido haceros predicadora. ¿No tenéis un cajón de madera al que subiros? ¿Queréis que os lo lleve a un cruce?

—Ah, muy bien, podemos centrarnos en Annette d'Arlain si os sentís incómodo. Me considero un tema de lo más sugerente.

—Sí, más vale que os limitéis a aquello que domináis, porque de mí apenas sabéis nada. No pretendo ascender. Ocupo el lugar que me corresponde. El palacio sería más pobre sin mí.

—Si os bastara con ser amante, cortesano o buen invitado a una cena, tal vez coincidiría con vos. Vuestro tío es un noble de baja alcurnia, pero supongo que si alguien se molestara en investigarlo comprobaría que tiene un linaje incuestionable, y no sois el primer heredero de un terruño que se labra una reputación digna de encomio en la corte. Sin embargo, queréis ser el primer hombre de Versalles, incluso a costa de la destrucción de vuestro ser y vuestra alma. Lucháis por ser mejor que cualquier otro hombre.

—Es lo primero que habéis dicho que tiene sentido.

Sylvain la atrajo a su regazo. Deslizó los dedos por debajo de la gasa en la que se había envuelto y empezó a estimularle una disposición de ánimo entusiasta y complaciente. Annette lo proclamaría el mejor hombre de Francia antes de que hubiera terminado con ella, aunque le llevara toda la noche.

NUEVE

El mono se aferró al pescuezo de Sylvain y ocultó la cara bajo el cuello de la chaqueta. Sylvain canturreó entre dientes, un arrullo suave que utilizaban los pastores para tranquilizar a los corderos.

El comerciante había embadurnado al mono con colonia barata para enmascarar su olor natural. El tufo a colonia debía de ser una irritación constante para su agudo olfato, pero se disiparía muy pronto en la bruma de las cisternas.

Sylvain dobló la esquina para entrar en la caverna del pececito y tropezó. Cayó de rodillas y se giró para parar el golpe con el hombro. El mono chilló asustado y Sylvain lo apaciguó con delicadeza.

—¡Ve con cuidado, sé buena! —La voz del pececito rebotó en las paredes de la gruta.

Sylvain había tropezado con la cuna de madera pintada. El pececito la había llenado con las muñecas de trapo que le había regalado a lo largo de la última semana. Empapadas y aplastadas, formaban un nido para la enorme muñeca de porcelana que le había llevado el día anterior, un obsequio del ceramista que había llegado junto con los retretes que estaban instalando Toro y Oso en el ala norte. Algunos rizos color platino le habían sido arrancados. Los ojos pintados miraban fijamente a Sylvain mientras intentaba levantarse.

El pececito se encaramó al techo de la casa de muñecas, que flotaba medio sumergida en la piscina. El juguete se balanceaba y se dejaba llevar por la corriente.

–Ven aquí, señorita –la llamó Sylvain.

La ondina resbaló por el tejado y se deslizó hasta él. No mostró el menor interés en el mono, aunque seguramente no se había dado cuenta de que no era un juguete.

–¿Recuerdas qué íbamos a hacer hoy? –preguntó Sylvain–. Te lo dije ayer; piensa a ver si te acuerdas. –La ondina lo miró desconcertada–. ¿Qué haces todos los días?

–Trabajar duro.

–Muy bien. ¿Trabajar duro en qué?

–Las niñas buenas trabajan duro y hacen circular el agua.

La ondina bostezó y le ofreció una panorámica de la lengua y los dientecitos mientras se estiraba.

El mono bostezó por simpatía. La ondina se volvió hacia él con interés repentino.

–¡Dientes afilados!

Salió de la piscina de un salto y señaló con un dedo esbelto la cara del mono, que se apartó y se aferró a Sylvain con las cuatro patas.

–Calma –murmuró este, acariciándole el lomo–. Lo has asustado. Las niñas buenas no asustan a sus amigos, ¿no es cierto?

–¿No es cierto? –repitió la ondina de manera automática.

El mono la tenía fascinada, lo que sin duda era una reacción más entusiasta que la que le habían producido las muñecas.

Sylvain rebuscó la correa en el bolsillo y la abrochó al collar del mono.

–Hoy vamos a añadir las nuevas tuberías de tela al sistema y tú mantendrás el agua circulando, como siempre, de manera fluida y sin contratiempos. Si haces

bien tu trabajo, podrás jugar con tu nuevo amigo.

Le tendió la correa y se desasió del mono con cuidado. Lo dejó en el suelo y le acarició la cabeza con afectuosidad exagerada. Si la ondina copiaba sus palabras, también podía copiar sus acciones.

Esta tocó el costado peludo del mono; lo miraba encantada. Luego se llevó la mano a la cara y la olisqueó.

—Apestoso —dijo.

Se zambulló de espaldas de un salto y tiró del cuello del mono.

Sylvain se lanzó a agarrarlo, pero se le escapó por poco. El chillido agudo del animal se interrumpió con sequedad cuando se vio arrastrado bajo el agua.

Sylvain recorrió el borde de la piscina intentando seguir el resplandor de la ondina mientras daba vueltas y se sumergía. Cuando emergió a la superficie la llamó, pero ella hizo caso omiso y trepó al tejado de la casa de muñecas. Aupó al mono dando un tirón al collar, y dejó el cuerpo flácido y empapado en el caballete del tejado.

«Está muerto», pensó Sylvain. Lo había ahogado.

El mono se movió. La ondina lo asió con delicadeza por las axilas y le hizo el caballito, como a una muñeca. El animalito tosió y trató de escabullirse.

—Canta una canción —le pidió la ondina. Acercó la cara a la del mono, nariz con nariz, y le gritó—: ¡Canta una canción!

El mono se retorció e intentó zafarse, desesperado. Ella lo soltó para que cayera al agua, pero luego tiró de la correa y lo alzó. Colgaba como un pez. Bajó la mano y el mono volvió a hundirse, entre contorsiones.

—¡Canta una canción! —gritó—. ¡Canta!

Sylvain se quitó las botas y se metió en la piscina. Emergió con trabajo y se dio impulso con una roca.

—Para —le espetó, tratando de llegar hasta ella—. ¡Para ahora mismo!

La ondina se puso en cuclillas en el alero del tejado. El mono colgaba por encima del agua; intentaba arañar a la ondina con las cuatro patas, pero el comerciante le había limado las uñas y la pobre criatura no tenía manera de defenderse. La ondina volvió a hundirlo. El mono agitó las patas, que golpearon la superficie.

Sylvain se sacó el reloj del bolsillo y lo lanzó. Alcanzó en la sien a la ondina, que soltó al mono y se volvió hacia él con los enormes ojos recorridos por venitas rojas y los párpados hinchados.

Sylvain se impulsó con el caballete del tejado de la casa de muñecas y asomó medio cuerpo fuera del agua. Sacó al mono tembloroso de la piscina y lo estrechó contra el pecho.

—¡Mala! —barbotó, tan enfadado que le costaba respirar —. ¡Niña muy mala!

La ondina retrocedió hasta el borde y se abrazó las rodillas con los bracitos. Tenía la nariz roja e hinchada, como la de un humano.

—Leblanc —sollozó—. Leblanc no está.

Hacía días que no mencionaba al viejo. Sylvain suponía que lo había olvidado, pero algunos sabuesos añoraban a su dueño durante años. ¿Por qué había dado por sentado que el pececito tendría sentimientos menos complejos que un animal?

Era un animal, sin embargo. Habría ahogado al mono y habría jugado con el cadáver. Estaba perdiendo el tiempo con tantos mimos… Se mostraría severo e inflexible.

—Sí, Leblanc se ha ido —contestó, dirigiéndole su mirada más gélida.

A la ondina le tembló la barbilla.

—Porque soy una niña mala —susurró.

¿Había estado culpándose todo ese tiempo? A pesar de las risas y los juegos despreocupados añoraba a Leblanc… Sola, abatida, desolada. Se preguntaba si habría hecho

algo mal, si lo habría ahuyentado. Albergaba la esperanza de volver a verlo, de que apareciera en cualquier momento.

Sylvain trepó al tejado de la casa de muñecas y se encaramó entre las dos chimeneas. El mono se le subió al hombro y le enterró los dedos en el pelo.

—No, pequeña. Leblanc no quería irse, pero no le quedó otra.

—¿Leblanc vuelve?

Parecía tan esperanzada… Podía mentirle, decirle que Leblanc volvería si se portaba bien, si trabajaba duro y no causaba problemas. Se lo creería. La tendría a su merced.

—No, pequeña. Leblanc se ha ido y no puede volver.

La ondina se hizo un ovillo y ocultó la cara entre las manos.

—Se habría despedido de ti de haber podido. Lamento que no lo hiciera.

Sylvain la atrajo hacia sí, le estrechó los huesudos y temblorosos hombros, y se acomodó la cabeza empapada de la ondina bajo la barbilla.

Había una canción antigua que había oído con frecuencia en las montañas. De pequeño, en una de sus primeras salidas a cazar, se la había oído cantar a un pastor anciano mientras escalaba una pendiente infinita y pedregosa en busca de un cordero extraviado. Se la había oído cantar a una chica llorosa que desollaba el cadáver de una oveja medio devorada por un lobo. Había oído a un chico cantársela a su rebaño durante una ventisca repentina de primavera; había oído a una madre cantársela a sus hijos durante una gélida noche de invierno cuando pasó a caballo junto a su cabaña. La letra era sencilla; la melodía, simple.

Sylvain se la cantó al pececito, con delicadeza al principio, apenas un susurro, y luego más fuerte, dejando que el sonido llenara el espacio que los separaba. Cantó

acerca del cariño, el consuelo y la pérdida, y el deseo de mejorar las cosas. Y, si parecía que le rodaban lágrimas por las mejillas mientras cantaba, no fue más que una ilusión..., agua que le goteaba del pelo.

DIEZ

Sylvain estaba en el tejado del ala norte; los jardines se extendían a sus pies. Las fuentes manaban con fuerza, mil quinientos surtidores que funcionaban como un reloj y proyectaban sombras parpadeantes a la luz tenue del anochecer.

Los jardines estaban desiertos. Dentro, todo el mundo se preparaba para el largo menú de acontecimientos vespertinos. Fuera, las estatuas posaban y las fuentes se exhibían solo para la luna y las estrellas.

Sylvain aprovechaba aquellas horas tranquilas y solitarias para dar un último repaso a las tuberías de terciopelo. Ya había comprobado hasta el último centímetro de las nuevas conducciones, y había examinado las junturas hasta el hueco, por encima de la ventana de una buhardilla, por donde desaparecía la manga de tela tras bajar desde el tejado.

Toro y Oso aguardaban junto al depósito principal a la espera de su señal. No tenía sentido retrasarlo más. Agitó el sombrero en el aire. La manga que tenía a los pies dio un brinco y se hinchó.

Sylvain abandonó a la carrera las mansardas del ala norte y descendió varios tramos de escalera hasta los aposentos de Gérard. La propia Pauline acudió a recibirlo. Estaba embarazadísima y se sujetaba la barriga para sobrellevar el peso. Sin aliento, Sylvain se quitó el

sombrero e hizo una reverencia.

—Adelante, *monsieur* —dijo Pauline acompañándolo a su vestidor—. No os entretengáis en galanterías, os lo ruego. Ya no puedo esperar más.

Las tuberías de terciopelo no solo eran más ligeras y sencillas de instalar, sino que además podían pinzarse en cualquier punto pasando una cuerda alrededor de la manga. Sylvain esperó a que Pauline lo siguiera, y luego tiró de la cinta roja y la dejó caer. El agua manó a chorro en el retrete, borboteando y tintineando contra la porcelana.

Pauline lo asió por las orejas, lo besó con efusividad en ambas mejillas y lo echó del vestidor. Antes de que a su criada le diera tiempo a cerrar la puerta tras él, Pauline ya se había levantado la falda hasta las caderas.

Sylvain llegó elegantemente tarde a los aposentos del emisario de Mahmud, un francés convertido en turco tras muchos años en la corte del sultán. Saludó al Turque, se hizo con una copa de vino y adoptó un aire de indiferencia lánguida. Madame y sus damas entraron. Las joyas y las sedas destellaban a la luz de las velas.

Annette cargaba con la cola de Madame, señal inequívoca de que en esos momentos contaba con su favor. Sylvain la saludó con un respetuoso gesto de la cabeza. Ella lo recompensó con sus hoyuelos y se acercó a él tan pronto como el anfitrión reclamó la atención de Madame.

—¿Es eso para mí, *monsieur*? —preguntó.

Sylvain miró de reojo al mono que llevaba al hombro.

—Tal vez, si es que en esta habitación hay una mujer que no esté harta de regalos.

—Las joyas y las flores no tienen nada de original. Esto es otra cosa. —Le rascó la barbilla al mono, que echó los brazos hacia Annette como un niño hacia su madre—. ¿Cómo se llama?

—Como gustéis, por supuesto.

—Le pediré a Madame que escoja ella el nombre. Le encantará. —Lo acunó contra el pecho y le hundió la nariz en el cuello—. Oh, huele de maravilla… A vainilla y aceite de canela.

Era la única combinación de aromas que había encontrado Sylvain para contrarrestar la peste a colonia barata. Se permitió una sonrisita satisfecha.

De pronto se formó un ligero alboroto al otro lado de la estancia. El Turque había alzado una cortina y había dejado a la vista a un par de acróbatas, pero Madame observaba a Annette y Sylvain. Los gimnastas se mantenían inmóviles en plena acrobacia, a la espera de que les dieran permiso para empezar la actuación mientras los músicos repetían los mismos compases.

—Será mejor que volváis. Madame ha reparado en el mono y los celos la obligan a llamaros a su lado.

Annette lo premió con una sonrisa enternecedora y regresó al círculo de su señora. Las damas recibieron al mono como si se tratara de un primogénito. Madame permitió unos instantes de efusión y luego tomó posesión exclusiva de la criatura, la estrechó contra sí y se concentró en la actuación.

A pesar del espectáculo casi en cueros del escenario, Sylvain tuvo que hacer esfuerzos por mantenerse despierto. Apenas había visto su cama desde la muerte de Leblanc y, con el vino tibio y la comida pesada, su aire de cortesano lánguido y aburrido estaba convirtiéndose en el preludio de una siesta de pijama y orinal. Los saltos y las piruetas de los acróbatas eran hipnóticos, sobre todo vistos a la luz de las velas y a través de una pantalla de pelucas y plumas bamboleantes. Las espaldas enfundadas en satén y seda de colores vivos se encorvaban al llevarse la copa a los labios, oscilaban de un lado al otro cuando se inclinaban para cuchichear con el amigo de la izquierda sobre el amigo de la derecha, y luego se volvían hacia el

otro lado para repetirlo, pero a la inversa. Por mucho que se tratara de hombres y mujeres, esa noche eran como los flamencos que se reunían en la Camarga, todos iguales en su estúpida y emplumada idiotez.

Al menos los flamencos servían para un buen asado.

Divisó a Gérard, que entró a hurtadillas en la habitación, sigiloso como un explorador, y se colocó a su lado como si llevara allí toda la velada.

—Gracias a Dios, Gérard —susurró—. Clávame la espada en el pie si ves que me quedo traspuesto.

—Es lo menos que puedo hacer por el hombre que ha hecho tan feliz a mi mujer —contestó Gérard con una amplia sonrisa.

A los acróbatas los sucedió una *troupe* de fornidos bailarines turcos con botellas mágnum de champán enterradas en bloques de hielo. Niños vestidos de querubines repartían copas pompadour entre los invitados.

—Esto te mantendrá despierto, amigo. Champán frío como el lecho de un cornudo.

—He estado hace poco en uno de esos. Era bastante cálido.

El mismísimo Turque les llenó las copas a Sylvain y Gérard.

—Esta noche contáis con el favor de las damas, *monsieur*.

—Ah, ¿sí? —Sylvain bebió un sorbo de champán. Las burbujas frías y dulces le perforaron los senos nasales. Los ojos se le empañaron y tuvo que hacer esfuerzos para no estornudar.

—¡Claro que sí! —exclamó Gérard—. Hasta mi esposa está dispuesta a proclamarlo santo. Ha erigido un altar en su honor en el vestidor.

—Un honor que rehúso —replicó Sylvain—. Preferiría que no me dedicaran según qué ofrendas.

Ambos rieron. El Turque los miró con frialdad.

—Aceptad mis disculpas, señor —dijo Gérard—. Ni siquiera se trata de una broma privada, sino de una anécdota demasiado grosera para compartirla. Somos soldados; ya sabéis, en los hogares civilizados se nos acoge por caridad.

El Turque les mostró su condescendencia llenándoles las copas hasta arriba antes de ocuparse de los demás invitados.

Sylvain observó las botellas de champán y los bloques de hielo en los que estaban encajadas mientras los bailarines turcos deambulaban por la habitación dejando un reguero de agua en la alfombra. Si hubieran introducido las botellas en el hielo, el vino espumoso también se habría congelado. Debían de haberlas encajado entre dos piezas talladas como las tapas de un libro. Detuvo a un bailarín y examinó el hielo. Sí, las dos piezas estaban unidas por una juntura.

Una solución sencilla; demasiado práctica para considerarla ingeniosa, pero eficaz. Los invitados estaban impresionados, aun si muchos se tocaban la mandíbula y torcían el gesto por el dolor de encías producido por el frío. Ninguno rechazó una segunda copa, ni una tercera, ni una cuarta. Las botellas se vaciaban a un ritmo trepidante.

Annette se llevó el abanico a la oreja y lanzó una mirada elocuente a Sylvain desde el otro extremo de la estancia.

—Acompáñame —dijo Sylvain asiendo a Gérard por el brazo—; acaban de convocarnos a una audiencia con Madame.

La amante del rey vestía de blanco y plata. Su peluca nívea era fina como lana de borreguillo, y se había empolvado la piel de color platino. Un ramillete de damas ataviadas con colores vivos la rodeaban como flores en torno a una estatua. El mono dormía en su regazo. Le

había puesto una cinta plateada alrededor del cuello.

La práctica palaciega consistía en elogiar el rostro y la figura de Madame en público y criticarlos en privado. Sylvain la había visto a menudo, pero siempre desde lejos. Tras meses de estratagemas, por fin se hallaba lo bastante cerca para juzgar por sí mismo.

–Una hazaña digna de nuestros amigos turcos, ¿no os parece? –Madame le ofreció una mano–. Ya no podré disfrutar del champán a temperatura de bodega. Es tan refrescante... Se siente una como nueva.

–Nuestro anfitrión se ha superado –dijo Sylvain rozándole los nudillos con los labios.

Madame demoró los dedos en su palma un instante y luego ofreció la mano a Gérard.

–El Turque es un hombre mayor y posee recursos en consonancia con su edad y posición –comentó Madame–. No sé cómo pueden los jóvenes llegar a ser honorables a ojos del rey.

–¿Tal vez matando a sus enemigos en el campo de batalla todos los veranos? –sugirió Gérard.

Las damas soltaron unas risitas nerviosas. Madame apartó la mano despacio y parpadeó. «Guapa –pensó Sylvain–, al menos cuando la sorprenden».

–Disculpad a mi amigo, Madame. El champán frío le ha congelado el cerebro.

Madame miró a Gérard de arriba abajo.

–Todo el mundo respeta a nuestros valientes soldados, y vuestra devoción al deber varonil es admirable. –Se volvió hacia Sylvain–. Si vuestro musculoso amigo el marqués de la Châsse está satisfecho con sus logros, ¿quiénes somos nosotros para criticar? Pero a vos, *monsieur*, sé que os preocupa el honor de Francia tanto dentro como fuera del campo de batalla.

–A todo buen francés le preocupa, Madame, sobre todo cuando ha estado bebiendo champán –dijo Sylvain.

Gérard alzó la copa en muestra de adhesión.

Madame agitó el abanico en dirección a Annette.

–Quizá hayáis oído hablar de una idea que he tenido. Al principio no era más que una ocurrencia descabellada, pero ahora el Turque ha arrojado el guante. ¿Algún hombre aceptaría el desafío?

–Ningún hombre podría negaros nada, Madame. Los gobernantes del mundo caen a vuestros pies.

–Yo acudiría presto a serviros –dijo Gérard– si intuyera siquiera a qué os referís. Madame es muy misteriosa.

–Hacedme el favor de traerme uno de esos bailarines, *monsieur* –lo despachó Madame sacudiendo el abanico.

–¿Un turco con una mágnum, Madame? –Gérard hizo una reverencia y partió con garboso porte militar.

Madame se desplazó en el asiento. Dio la impresión de que estaba sopesando invitar a Sylvain a sentarse, pero luego alzó al mono de su regazo y lo colocó a su lado.

«Ni de lejos tan encantadora como Annette», decidió Sylvain.

–Tal vez ignoréis, *monsieur*, la alta estima en que se os tiene. Me han comentado que, ya en los primeros días del estanque de Apolo, la coreografía de la fuente era un espectáculo demasiado sobrio; el agua manaba como los céntimos del monedero de una matrona polaca.

Hizo una pausa para recoger las risitas obedientes de las damas tras la pulla a la reina. «Quizá, ni siquiera guapa –se dijo Sylvain–. Pasable a duras penas».

–Habéis descubierto cómo mantener todas las fuentes en funcionamiento constante. Algunos miembros de la casa real os consideran un mago, pero la palabra que emplea la instancia más alta es menos extravagante y más valiosa. Simplemente se os considera inspirador.

Sylvain se hinchó ante el halago. Gérard regresó con un turco fornido con los dedos azules por el frío. Le costó llenarle la copa a Madame sin derramar una gota.

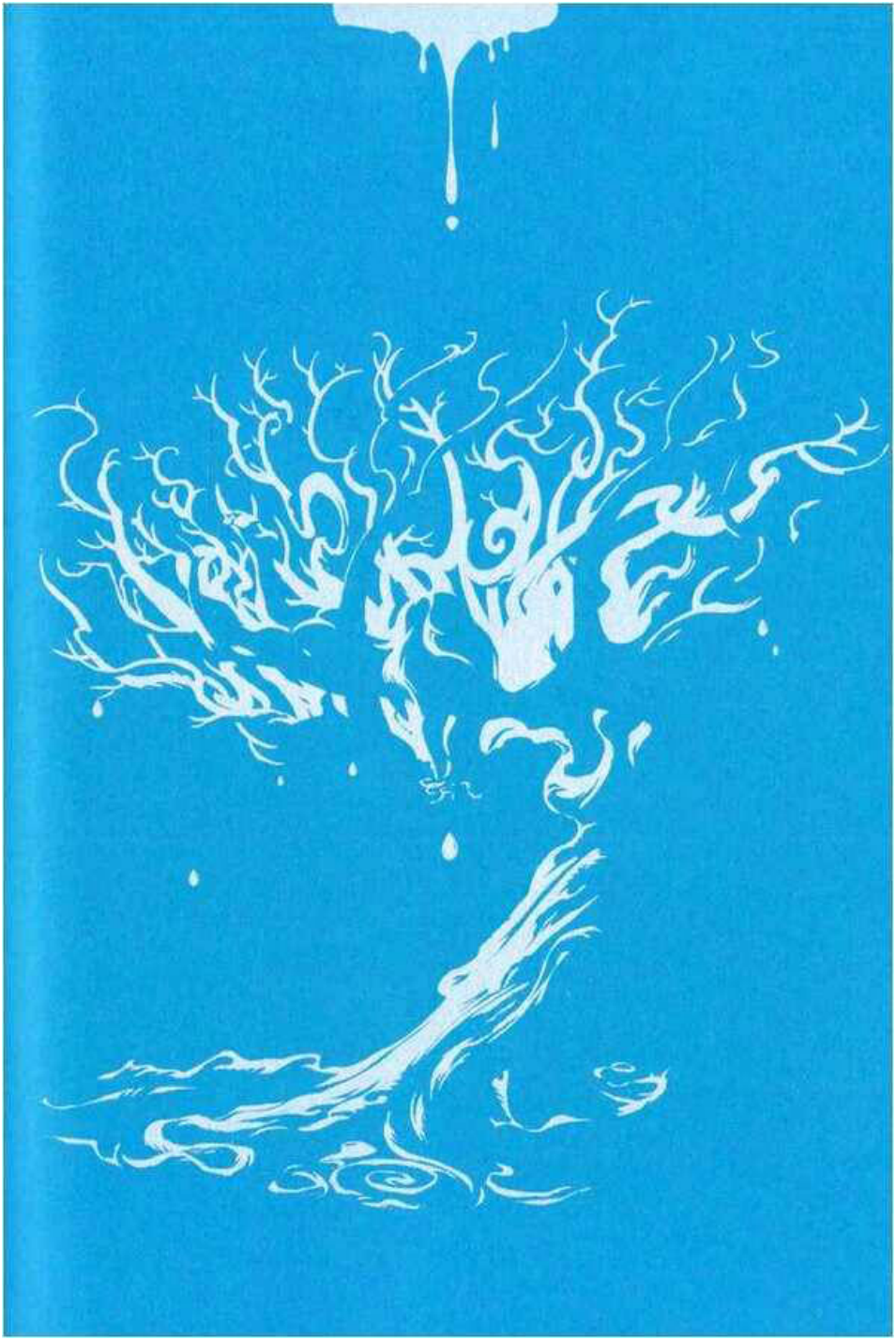
–Como un comandante en el campo de batalla, las mujeres juzgan a los hombres por sus actos. –La favorita del rey levantó al mono y lo besó entre las orejas–. Cualquier otro hombre le habría puesto un collar de diamantes a este animalito antes de presentárselo a una dama de la corte. Lo habríamos considerado vulgar. –Las damas asintieron–. Tenéis gusto y criterio. Así que dadme champán que mane a todas horas, y frío. Esa sí sería una hazaña digna de Versalles.

Volvió a ofrecerle la mano a Sylvain y luego lo despidió. Las damas se cerraron alrededor de su señora como una cortina.

–Vulgarísimo –dijo Gérard mientras se alejaban–. Nunca he visto a una mujer agradecer un diamante con algo que no fueran gritos de alegría. ¿Y tú?

–Mi experiencia con los diamantes es limitada.

–Madame lo sabe. Estaba bailándote el agua.



–Quiere asegurarse un aliado valioso. Los cumplidos son la moneda de cambio de la corte.

Gérard apuró la copa y se frotó la mandíbula con los nudillos, como si le doliera.

–Solo quiere beber champán a expensas de otro. Y, como ocurre con casi todos los placeres, conlleva algo de dolor. Quiere que lo padezcas tú, no ella.

–La fuente de champán es un capricho. La próxima vez me pedirá otra cosa.

–Muy bien. Madame te pedirá algo caro y original a cambio de unas palabras lisonjeras. ¿Lo harás?

Había dos copas de vino tinto abandonadas al pie de una estatua. Sylvain fue a por ellas y entregó una a su amigo. Después del dulzor del champán, el vino tibio les supo turbio y desbravado como agua de pantano.

–Solo un idiota desaprovecharía la oportunidad.

ONCE

–Papá, ¡ven a jugar!

La ondina nadaba de espaldas contra un remolino, esquivando trozos de hielo que flotaban como icebergs en miniatura mientras giraban sin parar, agrietándose y fragmentándose al chocar unos con otros. En lo alto, el loro rojo y azul trepó a los helechos entre chillidos y aleteos.

El pececito adoraba el hielo, como había sospechado Sylvain. En cierta ocasión había visto a una ondina nadando al pie de un glaciar y jugando con los bloques que se desprendían de la ladera del campo de hielo. Los empujaba como si fueran ramas y troncos, y así construyó una presa que creó un extenso lago de agua turquesa sobre la morrena.

–Papá, ¡ven a jugar!

–¡Papá! –chilló el loro, repitiendo su propio nombre.

Sylvain le había comprado el pájaro a una dama anciana, enfundada en galas raídas de la época del Rey Sol, que enmohecía en una buhardilla del ala norte. Vivía de la caridad y de las sobras de los vecinos. El loro era una buena compañía para el pececito. Era viejo y taimado, y gracias al afilado pico y las afiladas garras estaba bien equipado para protegerse si la ondina se ponía bruta. Podía volar fuera de su alcance, y era lo bastante rápido para esquivar chorros y salpicaduras.

–¿Papá? –La ondina se aupó al borde del nido y miró a Sylvain con ojos esperanzados–. ¿Papá ven a jugar?

Sylvain rebuscó en los bolsillos la última nuez que le quedaba.

–Ten, pequeña. A ver si puedes atraerlo con esto.

–¡Pájaro! ¡Comida! –chilló la ondina, agitando la nuez en alto.

El loro planeó hasta el nido y se la arrancó de la mano.

–¿Ven a jugar, Papá? –insistió la ondina.

No miraba al pájaro. Sus ojos sobrenaturales solo se dirigían a él.

–Ya basta –protestó Sylvain–. El pájaro se llama Papá, y harías bien en recordarlo, jovencita.

Ella se acercó y explicó despacio:

–Pájaro es Pájaro. Papá es Papá.

–Papá –convino el loro, con los ojillos negros clavados en Sylvain.

–No hay nada que hacer contigo. –Sylvain removió la superficie del estanque, en ese momento alfombrada de granizo que circulaba en la lenta corriente–. Aparta tus juguetitos o me congelaré nadando.

–¿Papá se va?

–El pájaro se queda aquí contigo. Yo voy a ocuparme de un asunto importante. Cuando vuelva, traeré más nueces para Papá y nada para ti. Venga, deshaz todo este hielo.

La ondina se echó a reír y se zambulló. El agua hirvió como sopa en un puchero y el granizo se solidificó en porciones de hielo del tamaño de hojas de nenúfar. A medida que aumentaba la turbulencia, las hojas se inclinaban y amontonaban, e iban formando columnas de hielo reluciente que crecían y se ramificaban en lo alto.

El loro voló hasta la cima de una columna y picoteó el hielo. Era sólido, duro como una piedra.

–Impresionante de verdad –musitó Sylvain.

Llevaba días acumulando deudas con los vendedores de

hielo del pueblo y recorriendo los túneles con carretillas cargadas de bloques de hielo envueltos en paja. Aunque era la primera vez que lo veía, la ondina se había adaptado al hielo de manera instintiva, lo había repartido por la gruta, había construido muros y presas, había hecho añicos los bloques hasta convertirlos en cascos y escoria, y se había revolcado en la escarcha como un cerdo en el fango. Pero en ese momento estaba creándolo. Era extraordinario.

—Ven aquí, pequeña —la llamó Sylvain.

Obediente de momento, la ondina se deslizó sobre la superficie y se quedó flotando junto al nido. Fuera del agua, tenía la piel, ligeramente verdosa, cubierta de escarcha. El vaho le fluía serpenteante de la nariz y las branquias.

—Enséñame cómo lo has hecho —le pidió Sylvain.

—¿Enséñame cómo, Papá? —dijo ella, desconcertada.

—El hielo estaba derretido, pero tú has vuelto a congelarlo y has creado esto —dijo Sylvain despacio. Señaló una rama. El loro la recorría de lado a lado entre cabeceos y glugluteos—. ¿Puedes repetirlo?

—No hay nada que hacer contigo —contestó la ondina encogiéndose de hombros.

Sylvain cogió agua en la mano ahuecada y se la acercó.

—Inténtalo. ¿Puedes congelar esto?

El pececito lo miró con esa expresión implorante que él conocía bien. Sylvain oyó la petición antes incluso de que abriera la boca.

—¿Cantas una canción?

Los regalos eran una cosa, y el soborno descarado, otra. Si empezaba a intercambiar un favor por otro, aquello se convertiría en una batalla constante. Pero no tenía tiempo para discusiones. Correría el riesgo de someterse a un pequeño soborno.

—Te cantaré una canción, una muy corta, y solo porque

hoy te has portado muy bien. Pero primero congela el agua.

—Una canción —convino la ondina.

Sylvain notó que el calor le recorría el brazo. El agua le brincó y le chisporroteó en la mano ahuecada, y empezaron a formarse agujas de hielo que se extendieron como la corteza espinosa de una castaña. Estaba tan impresionado que se olvidó de respirar unos segundos. A continuación tomó aire y se dispuso a cantar.

Los montaraces de su tierra tocaban magníficos *reels* de ritmo vivo con flautas y violines. Pasaban tantas penurias como los pastores de los prados y los granjeros del valle, pero eran arrogantes y con un sentimiento de superioridad tan aguzado como el filo de sus hachas. En las canciones alardeaban de su don para el baile, el canto, el ayuntamiento y, por descontado, las osadas proezas que exigía su oficio. La canción que le acudió a los labios hablaba de un joven que demostraba su valía bajando una ladera herbosa montado en una balsa de troncos ante la mirada de los humildes aldeanos del valle.

Sylvain solo tenía intención de cantar la primera estrofa, pero el pececito bailaba y brincaba con tal alegría que se dejó llevar por la canción… El abandono fue tal que a mitad de la segunda estrofa se descubrió siguiendo el ritmo con palmadas secas y concisas, orgulloso como un guardabosques. Cantó las seis estrofas y, al terminar, la ondina saltó a su regazo y le rodeó el cuello con los bracitos.

—Papá canta bien —le susurró al oído con aliento gélido.

Sylvain le dio unas palmaditas en la espalda. Sintió la piel fría y húmeda bajo un manto de escarcha. Se echó hacia atrás y la apartó un poco para examinarla de cerca. Tenía la mirada penetrante y la piel brillante. Era fuerte y sana; tal vez fuese un tanto traviesa y diera un poco de guerra, pero ¿qué niño no lo era?

DOCE

—Annette me ha dicho que vuestros hombres están llevando agua al ala norte.

Madame se reclinó en un sofá dorado, recubierta y aparentemente inmovilizada por los abruptos pliegues del vestido plateado. Asomaban el escote, los hombros y el cuello…, el tallo que servía de sostén al rostro de pitiminí. La rodeaban sus damas, llamativas con las sedas ondulantes de colores vivos.

Annette evitó la mirada de Sylvain, quien se quitó una pelusa imaginaria de la manga fingiendo despreocupación.

—Creo que mi capataz mencionó que por fin habían llegado hasta allí. Di las órdenes hace meses.

—Ahora todo el mundo tiene un trono. Madame de Beauvilliers asegura que posee uno exactamente igual que el mío. Se lo muestra a los vecinos e incluso permite a su doncella que lo utilice.

—Vuestro trono fue uno de los primeros de palacio, Madame, y sigue siendo el más elegante.

—Ser la primera carece de distinción cuando una caterva de pelagatos disfrutan de lo último. Sin duda, en un par de días hasta los mercaderes del pueblo alardearán de trono.

Sylvain torció el gesto. Había estado estudiando la posibilidad de hacer pasar las tuberías por el pueblo y

alquilar retretes. Los mercaderes disponían de liquidez suficiente para cubrir los pagos mensuales y, a diferencia de los cortesanos, acostumbraban a pagar las deudas con puntualidad.

—Ni por asomo, Madame. Os aseguro que observo con sumo cuidado los privilegios de clase. No soy populista.

—¿Y qué haréis para preservar mi distinción? ¿Me proporcionaréis un segundo trono para el vestidor? ¿Un pedestal para una mascota mimada? Si incluso un gato tiene trono, sin duda podéis conseguirme uno para cada una de mis damas. Los colocaremos en círculo aquí, en mi salón, y nos sentaremos a cacarear unas con otras cual gallinas ponedoras.

Como correspondía, las damas rieron por lo bajo. Annette no apartó los ojos del suelo; retorcía las plumas del abanico como el cuello de un ganso en Navidad. Un par de vueltas más y rompería las varillas.

Madame lo fulminó con la mirada. Un rubor rabioso le tiñó las mejillas, visible incluso a través de la gruesa capa de polvos.

—Si hasta la última matrona del ala norte puede alardear de trono, quitad el mío. Estoy aburrida de él. Llevaos esa cosa tan vulgar lejos de mí y arrojadla al vertedero.

A Sylvain le habría bastado dar un par de pasos para cernerse sobre ella y desafiarla con la mirada, pero la intimidación quedaba descartada. Ella empuñaba el látigo y conocía su poder. Si Madame se deshacía del retrete, el resto del palacio seguiría la moda y Sylvain acabaría en la ruina.

Se acercó a la ventana procurando mantener los hombros relajados y el paso ligero, y observó un jarrón de flores forzadas.

—Mi querida Madame, los tronos son lo de menos. ¿Por qué no ibais a conservarlo?

Las cejas de Madame rozaron el borde de la peluca. A Annette se le cayó el abanico. El mango de marfil repicó contra el mármol con un tintineo de huesos. Sylvain olió una flor, una cosa monstruosa de color claro con pistilos como púas.

—¿Eso creéis? —dijo Madame con voz acerada—. Iluminadme.

—No vale la pena dedicarles más tiempo. Si poseer un trono transmitía distinción, fue algo accidental. Al fin y al cabo, es una comodidad destinada a necesidades fisiológicas, nada más. En su momento, tener un trono se consideró un privilegio, pero lo ha desbancado algo nuevo.

—¿El qué?

Madame se giró en el diván para mirarlo, desbaratando el cuadro que con tanto esmero había compuesto. Era toda oídos.

—Lo que vuestro corazón más desea, manando profusamente como del caño de un manantial. Tan frío que congela la lengua. Tan refrescante que las burbujas estallan en el paladar. Fragante como la lluvia en el cielo y puro como el hijo de una virgen. Creo que febrero contiene un día que significa mucho para vos. Una ocasión en especial jubilosa…

—Cierto, y se acerca.

—Veréis vuestros deseos cumplidos. Contad con mi colaboración.

Una sonrisa se dibujó despacio en el rostro de Madame.

—Es posible que al final seáis un hombre de valía, Sylvain de Guilherand, y que no necesite advertir a mis damas contra vos.

Lo despidió. Sylvain procuró que el temblor de las piernas no lo traicionara mientras abandonaba los aposentos. Las habitaciones estaban forradas de espejos que le devolvían su reflejo atildado, empolvado y envuelto

en satén. Podría atravesar uno de un puñetazo. Durante un momento se sentiría bien: el cristal se haría añicos alrededor del guante y desintegraría en un millón de pedazos ese lugar caldeado, viciado y despilfarrador.

Pero si mostraba su rabia se haría un flaco favor. El arrebato revelaría una falta de autocontrol infantil y proporcionaría dimes y diretes mucho después de que él hubiera pasado al olvido.

Buscó el pasillo de servicio más cercano y descendió a las bodegas. Un camarero del rey, que lo conocía lo suficiente para concederle crédito, le entregó una botella de champán. Sylvain compró una bolsa de nueces y medio queso al chico de los recados de un proveedor, que fue lo bastante sensato para exigir su pago. El panadero del duque de Orleans le dio una hogaza de pan negro, y Sylvain quedó en deuda con él. Luego abandonó el palacio sin ser visto y se dirigió a las cisternas.

El pececito dormitaba en una rama del árbol de hielo, con las delicadas extremidades colgando. El pájaro estaba recomponiendo el nido; picoteaba los helechos y gorjeaba para sí.

—Qué elegante —comentó el pececito con voz somnolienta.

Sylvain se miró. Iba vestido para la corte: un figurín de satén envuelto en cuero bruñido y tachonado de botones plateados.

Se quitó la peluca y se acomodó en una roca.

—Pequeña, ¿a ti te parezco un hombre de valía?

—¿De valía para qué, Papá?

Sylvain torció el gesto.

—Querida mía, esa es precisamente la cuestión.

Extendió un pañuelo a sus pies y se dio un festín. Un buen queso y pan recién hecho superaban con creces muchas viandas que había tenido que tragar cuando estaba de campaña, e incluso la mayoría de los festines de

palacio, en los que se servían platos traídos del pueblo o elaborados en las cocinas de las bodegas, fríos, salados y salpicados de grasa solidificada. Se podía vivir a base de pan y queso. Muchos pasaban con menos. Y muchos otros acababan con gota y se pudrían hartándose de carne anegada en salsa.

El loro bajó volando a investigar. Sylvain le ofreció un trocito de queso. El loro frotó el pan con el pico y picoteó la bolsa de nueces. Sylvain deshizo el nudo y el pájaro se alejó con una nuez en cada garra.

El pececito se estiró entre bostezos. Se deslizó de la rama, emergió al borde de la piscina y se acercó a él sin hacer ruido.

—Apestoso —dijo arrugando la nariz.

—¿El queso? No eres francesa. —Le cortó un trozo. Ella lo rechazó—. ¿Pan?

La ondina negó con la cabeza.

—¿Qué comes, mi pececito?

Tenía dientes, dientes humanos. ¿Y si le había hecho pasar hambre?

—Barro —contestó ella, dándose unas palmaditas en la barriga.

Desde luego, había barro de sobra.

—¿Te apetecería comer peces?

La ondina sacó la lengua como si le repugnara la idea.

—El loro come nueces. ¿Las has probado?

—Asqueroso. ¿Qué es esto, Papá? —Levantó la botella de champán.

—No la agites. Trae. Te lo enseñaré.

Retiró el sello de cera y quitó el tapón. Se la acercó. La ondina olisqueó el cuello de la botella y se encogió de hombros; luego la cogió y vertió un poco en el suelo. El champán espumeó sobre sus pies descalzos.

—¡Oooh, divertido! —exclamó, encantada.

—Es como el agua, pero un poco distinto.

La ondina alzó la botella y rio tontamente cuando el champán le espumeó sobre las orejas. Le caía por las mejillas y le goteaba de la barbilla. Se pasó la lengua por los labios y sonrió con satisfacción.

—No bebas. Podría sentarte mal.

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo agua, Papá. Agua espumosa.

—De acuerdo, pruébalo.

La ondina bebió un trago y luego le ofreció la botella con la camaradería de un centinela que comparte la cantimplora con un amigo.

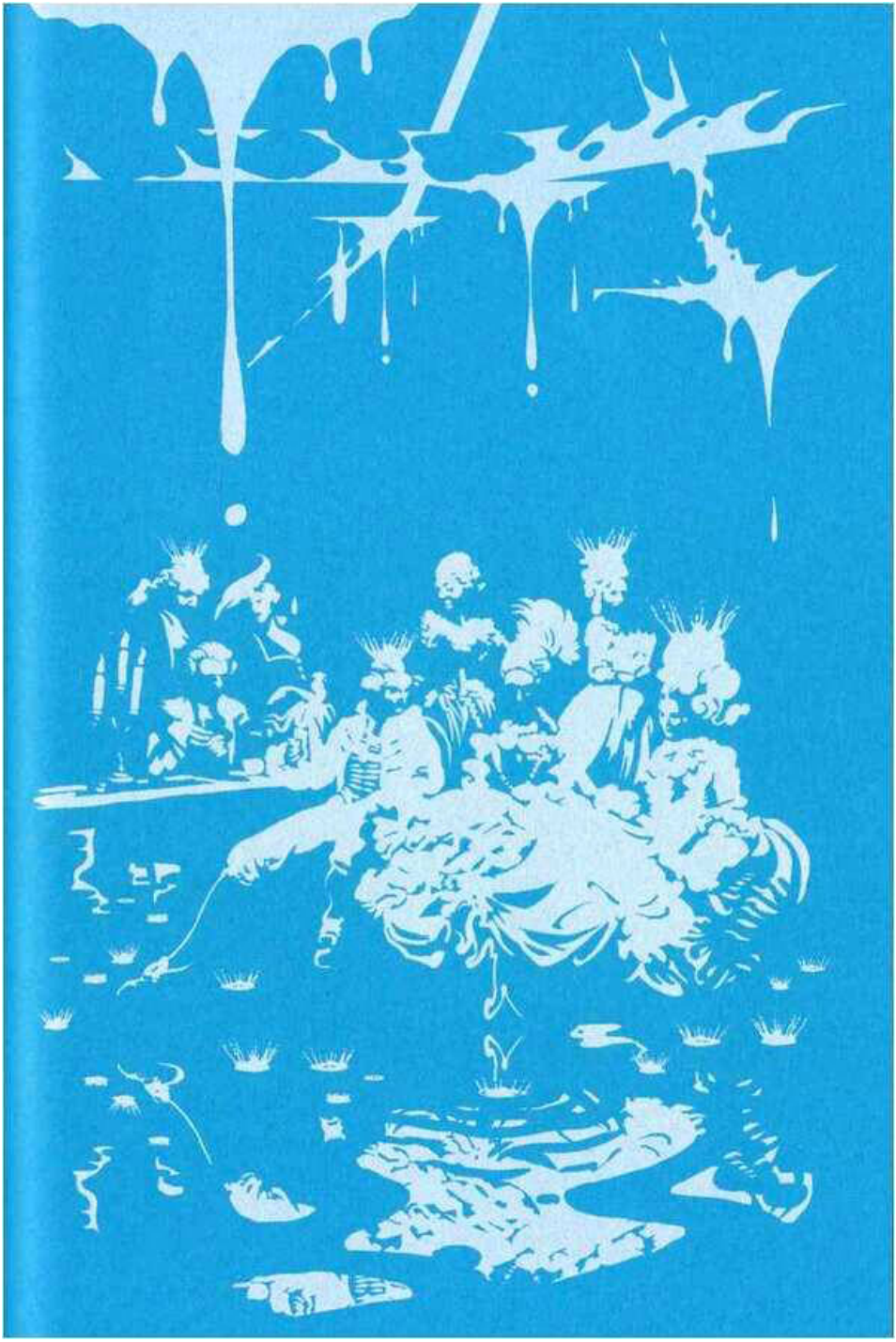
Sylvain negó con la cabeza.

—No, gracias. No es de mis bebidas preferidas.

La observó con atención mientras jugaba. Se había bebido media botella, pero no parecía que le hubiera surtido efecto. Se mantenía ágil y precisa; de risa estridente y descontrolada, pero no más de lo habitual. El champán restante se lo tiró por encima o lo esparció a su alrededor, deleitándose con las burbujas y la espuma. ¿Las damas de palacio se habrían bañado en champán? No sería él quien las animara. Ya se desperdiciaban suficientes uvas para producir aquel líquido dulce y espumoso.

Cuando la ondina perdió el interés, dejó la botella, se lanzó de espaldas a la piscina, se sumergió, y emergió con un chorro y una salpicadura juguetones. Aún quedaban un par de dedos de champán y, cuando Sylvain lo derramó, el líquido hizo espuma en las rocas, burbujeante como si acabara de abrir la botella.

Asintió para sí. Si el pececito podía hacer circular el agua a través de mangas y cañerías, crear hielo y evitar que se derritiera, y perseguirlo por todo el palacio y dejarlo en ridículo sin abandonar las cisternas en ningún momento, ¿qué eran unas pocas burbujas?



Se arrodilló y sumergió la botella vacía en la piscina, un gesto que había hecho miles de veces. Había llenado la cantimplora en pozos de pueblos, en abrevaderos de corrales, en lodazales de campos de batalla teñidos del rosa de la sangre, y siempre, en todas esas ocasiones, sentía una opresión en los pulmones cuando veía ascender las burbujas. Suspiraba por un sorbo de aire de las montañas, por lamer la nieve derretida, por un retazo de balada de pastor al otro lado del valle, o por el eco lejano de un aullido de lobo bajo el manto de la luna. Suspiraba por agacharse junto a los rápidos de un arroyo pedregoso y beber agua pura y cristalina.

—¿Sediento, Papá?

El pececito estaba a su lado. Sostenía una copa de hielo de paredes finas como la porcelana y transparentes como el cristal. Sylvain se la llevó a los labios. Las burbujas bullían en el agua fría, le estallaron en la lengua como un millar de agujitas y le espumearon en el velo del paladar. Sylvain apuró la copa y sonrió.

TRECE

Todos los nobles y lumbreras de Europa confluían en la Galería de los Espejos, hombres que Sylvain había atisbado en los campos de batalla y con los que había anhelado cruzar espada, mujeres de alta alcurnia cuya valía se negociaba con más pasión que las fronteras, famosas cortesanas cuyos talentos se pregonaban en los campos militares y los salones dorados desde Moscú hasta Dublin, príncipes de la Iglesia con una sed insaciable y universal de castigos sangrientos. Era una corriente pura entorpecida por un sinfín de personajes fastidiosos cargados de dinero y títulos nobiliarios con poco que hacer y nada que decir. El mundo entero había acudido a celebrar el cumpleaños del rey, pero hasta ese momento Sylvain apenas lo había entrevisto. No se había separado de la fuente de champán en toda la velada.

—Si no vienes, te abro la cabeza con la empuñadura de la espada. *Mademoiselle* de Nesle es la hermana de Madame. Si desairas a una, las insultas a ambas —dijo Gérard, y luego añadió en voz baja—: Además, tiene las mejores tetas de la sala y va ligera de ropa.

—Enseguida voy.

La fuente se dividía en lo alto. Las ramas de cristal se elevaban hacia el techo dorado y caían cual sauce llorón. Estaban cubiertas de flores de hielo, y de las flores manaba champán.

Madame había ofrecido el primer sorbo al rey; había extraído una delicada copa de hielo, que asomaba del pilón de hielo verde como un champiñón en el manto del bosque, y la había llenado en un chorro borboteante. El rey brindó por Sylvain y lideró una salva de aplausos que recorrió la galería. Luego los invitados se acercaron en tropel a la espera de su turno. Bebieron litros de champán, se quejaron del dolor de encías y siguieron bebiendo.

Era lo que Sylvain había planeado. Conocía el apetito de la nobleza, conocía el número de invitados y cuánto cabía esperar que bebieran. El pilón de la fuente era alto y ancho, y el depósito, justo debajo, contenía el equivalente a un millar de mágnums. Había teñido el depósito de un tono verde oscuro con colorante de panadero. Era un color lo bastante intenso para que no se transparentara, pero Sylvain calculaba que estaba medio lleno. Quedaba champán más que suficiente para que la fuente continuara manando hasta que el último cortesano hubiera sido arrastrado a la cama.

Sin embargo, en ese momento los invitados estaban más interesados en los otros regalos del monarca: un caracal jadeante enfundado en un arnés de joyas; una estatua griega a la que acababan de quitar la suciedad y la pintura antigua; un tapiz confeccionado por un centenar de monjas durante diez años, y un reloj solar de más de dos metros de alto. Los invitados seguían bebiendo champán a un ritmo admirable, pero enviaban a sus asistentes a que les llenaran la copa. La novedad había pasado.

Sylvain se quitó el guante y apoyó la mano en el borde del pilón para que el frío le penetrara en la palma desnuda. Al pececito le había entusiasmado la idea de jugar en el depósito de la fuente, pero ya llevaba horas allí dentro; debía de estar aburriéndose. Aun así, no había hecho de las suyas. Se ocupaba de que el champán manara fresco y sin descanso y de impedir que el hielo se deshiciera, como

habían convenido. Y todo porque él le había prometido una canción.

—La fuente está bien —insistió Gérard—. Ya la hemos admirado todos. Ahora ven a ver a Madame y a su hermana.

Sylvain volvió a ponerse el guante y siguió a Gérard. Los invitados alzaban las copas a su paso.

—Quiero una fuente en el sombrero —dijo *mademoiselle* de Nesle.

Las dos hermanas estaban rodeadas de admiradores junto al Salón de la Guerra, la viva imagen del afecto fraternal y la belleza bien empolvada. Sin embargo, sus estrellas gemelas no orbitaban pacíficamente. Madame poseía una ventaja obvia (el estatus oficial, una asignación generosa que salía de las arcas reales, un séquito nutrido, y derechos y privilegios innumerables, además de joyas y sedas), pero la novedad jugaba a favor de su hermana, que realzaba su condición de joven ingenua con un sencillo vestido de gasa. Entre ellas reinaba la cordialidad, o una buena imitación, pero sus damas parecían dos ejércitos apostados frente a una frontera invisible.

Annette se mantenía apartada. Se le habían difuminado los hoyuelos, y una arruga de preocupación le surcaba la frente. El abanico le colgaba del codo. Esa noche, nada de señales discretas; tan solo un gesto brusco con la cabeza y un ligero arqueo de cejas. Sylvain siguió su mirada hasta la figura envuelta en armiño del rey de Francia.

Las dos hermanas habían atraído la atención del monarca, que hacía caso omiso del cardenal de Fleury y de dos mariscales de Francia, y desde la tarima real observaba a su amante y a la hermana de esta con evidente interés, sombrero emplumado en mano, puño enguantado en cadera y alerta como un semental oliendo

un par de yeguas.

Sylvain se apartó del campo visual del rey. Las damas estaban expuestas para un solo miembro del público, y él no tenía intención de interponerse.

—Una fuente en el sombrero —repitió *mademoiselle* de Nesle—. Mi querida hermana dice que sois mago.

Sylvain realizó una profunda reverencia, lo que le permitió ocultar su expresión unos segundos. Una petición absurda. Debía de ser una mujer simplona. ¿Creía que él podía sacarse semejante necedad de la manga?

—La fuente nacerá en la visera y caerá como un velo brumoso ante mis ojos.

—Pero *mademoiselle* se mojará —se atrevió a decir por fin Sylvain.

—¡Sí! Me habéis entendido. Como veis, visto de gasa. Es muy fina y se transparenta cuando se moja. —Se pasó las manos por los pechos y se inclinó hacia su hermana—. ¿No te parece que será seductor, Louise?

—No habrá hombre que se te resista, querida hermana —contestó Madame, acariciándole las manos.

Mademoiselle soltó una carcajada.

—No busco la atención de los hombres. Solo un dios será mi dueño. —Habló tan alto como si estuviera en el escenario de un teatro de ópera.

El rey se acercó unos pasos más al borde de la tarima; incluso las plumas de su sombrero sucumbieron al magnetismo de la escena.

En el otro extremo de la estancia, el conde de Tessé se aproximó a la fuente con los andares cautos y reflexivos de un hombre que se aplica en disimular su avanzado estado de embriaguez. Con pulso poco firme, colocó la copa de cristal bajo los caños con forma de flor y el champán rebosó y le formó espuma en la mano. La copa se le resbaló y se hizo añicos contra el pilón de la fuente. El conde prorrumpió en carcajadas.

—¿No creéis que el sombrero no tendría parangón, *monsieur*? Una hazaña digna de un mago, ¿no es cierto?

Al conde se le unieron, junto a la fuente, un par de jóvenes oficiales, elegantes, inmaculados, flamantes con sus uniformes y tan borrachos como el conde, pero mucho menos dispuestos a disimularlo. Uno se inclinó e intentó beber directamente del caño de una flor.

—Creo que sería una hazaña notable —dijo Madame—. *Monsieur*, mi hermana os ha formulado una pregunta.

Los oficiales estaban intentando encaramarse a la base resbaladiza de la fuente. El conde reía sin control.

—No —dijo Sylvain.

Madame parpadeó. Las damas ahogaron un grito.

Uno de los oficiales se agarró al caño de una flor. Se le partió en la mano. Su amigo resbaló en el borde de la fuente y cayó dentro del pilón. La vaina dorada de la espada repicó contra el hielo. Dos mujeres (sus esposas, tal vez) se unieron al conde para reírse de los jóvenes héroes.

—Disculpadme, *mesdames*.

Sylvain regresó a la fuente con paso apresurado. Un gruñido puso firmes a los oficiales. Salieron como pudieron, recuperaron a sus esposas de la compañía del conde y desaparecieron en la multitud.

—Muy bien hecho, *monsieur* de Guilherand. —El conde tenía la mirada vidriosa—. El palacio se desvive en cumplidos, pero recordad que fui yo quien os dio esta idea digna de un rey. Como caballero, os aseguraréis de que reciba el crédito merecido.

—Recibiréis la mitad del crédito cuando os hagáis cargo de la mitad de los gastos —masculló Sylvain entre dientes—. Os enviaré la factura del vinatero. El total os parecerá apropiadamente digno de un rey.

El conde se volvió hacia la fuente para rellenar la copa y fingió no haberlo oído. Sylvain se la arrancó de la mano y

vació el contenido en el pilón.

–Estáis haciendo el ridículo. Id a serenaros.

El conde simuló ver a un amigo en la otra punta de la habitación y se alejó con paso tambaleante.

Sylvain examinó la flor rota. Los pétalos, tallados con delicadeza, goteaban en el aire caldeado. El champán manaba de la rama rota como de una herida. ¿Habría notado el pececito el vandalismo que había sufrido la fuente? ¿Se habría asustado? Intentó ver algo a través del hielo verde oscuro, atento a cualquier movimiento en el interior del depósito.

–Tal vez sea mucho pedir que los soldados se transformen en caballeros y cortesanos durante el invierno –dijo Annette–. Parece que muchos hombres son capaces de conseguirlo algo más que unas horas. ¿Cómo es posible que vos no podáis, Sylvain de Guilherand?

Annette se apostó con gesto digno junto a la fuente mientras agitaba el abanico con enojo.

–¿Tal vez porque soy un salvaje?

El hielo del depósito era grueso y oscuro. A la luz del sol, tal vez habría podido ver algo, pero, a pesar de los miles de velas y los cientos de espejos que flanqueaban la galería, allí dentro la luz era demasiado tenue. Debería haber dejado una mirilla en la parte trasera de la fuente.

–Os lo digo como amiga: Madame se siente ofendida –dijo Annette–. Habéis dado un grave paso en falso.

–Madame ha dado su propio paso en falso esta noche y habrá olvidado el mío antes de mañana.

Annette bajó el abanico.

–Cierto. Ha montado un teatrillo para conservar el interés del rey, pero me temo que perderá su favor. *Maitresse en titre* es una distinción vacua si vuestro amante prefiere el lecho de otra mujer.

–Lo siguiente será envilecer a su hermana bautizándola con un apodo –dijo Sylvain.

Annette tosió.

–Entonces, ¿habéis oído lo de María la Polaca? –Él asintió–. Es su manera de insultar a quienes desprecia. Al rey le hace gracia.

Una sombra se movió en la base de la fuente, el atisbo fugaz de una extremidad contra el hielo verde. Debería haber ofrecido al pececito una manera de comunicarle que estaba en dificultades.

–Empiezo a intuir que mi conversación no es lo bastante interesante para vos, *monsieur*.

–Os ruego que me disculpéis, madame.

Sylvain se puso de espaldas a la fuente. El pececito estaba bien. Las ondinas pasaban estaciones enteras debajo del hielo de los lagos glaciares. Era su elemento. El hecho de que el champán no hubiera dejado de manar demostraba que el pececito no se encontraba en peligro. Estaba preocupándose por nada. Continuar ofendiendo a Annette sería un error.

Realizó una profunda reverencia.

–Más que vuestras disculpas, mi querida madame, lo que os ruego es vuestra benevolencia.

–Benevolencia, sí. –Se volvió para mirar a Madame y a su hermana–. Esta noche todos nos hemos mostrado muy benevolentes con nosotros mismos y pagaremos por ello.

Sylvain forzó una sonrisa de complicidad.

–Dejar que sean los demás quienes se muestren benevolentes con nosotros tal vez sea lo más atinado. Aunque una mujer sabia y bella mencionó una vez que la mayoría de las damas prefieren antes un largo periodo de intriga. Despierta el apetito.

Las provocaciones inocentes parecieron animarla. Los hoyuelos asomaron a la superficie y Annette abrió el abanico con ímpetu renovado.

–¿Me acompañaríais a inspeccionar la sala? –preguntó Sylvain, ofreciéndole el brazo–. No imploro vuestra

compañía solo por mí, sino con espíritu caritativo. Si toda esa benevolencia conduce a una mañana llena de lamentos, al menos ofreceremos a los invitados del rey el recuerdo de la imagen de la verdadera belleza. Con vos del brazo de un salvaje como yo, el contraste será impresionante.

Annette miró fugazmente a Madame.

—Me han enviado a regañaros, no a recompensaros con mi compañía.

—Siempre podéis decir que os obligué.

Annette se rio y lo tomó del brazo. Sylvain la condujo hacia la tarima real entre el coágulo de cortesanos. El rey había devuelto la atención a sus más ilustres invitados, pero mostraba parte de una pierna regia y bien torneada para el deleite de las hermanas.

—Mucho mejor, mi querido Sylvain —dijo Gérard cuando se acercaron—. No me gusta verte rumiando tanto sobre esa fuente. Mi esposa se acaricia la enorme barriga con el mismo desasosiego. Parecías una gallina esperando ansiosa a que el polluelo rompiera la cáscara.

Sylvain se llevó la mano al pomo de la espada y lo fulminó con la mirada. Gérard prorrumpió en carcajadas.

—Vuestro amigo el marqués de la Châsse tampoco sabe mantener una conversación civilizada —comentó Annette cuando reemprendieron el paseo.

—Gérard no necesita esforzarse. Nació con la distinción suficiente para que se le perdone cualquier ofensa.

—Parecéis celoso, aunque eso no es del todo exacto. Su riqueza y su título ayudan, pero se lo acepta porque todo el mundo sabe que es leal a su naturaleza.

—¿Y yo no?

—Una pregunta directa. La responderé de dos maneras. La primera: observad que en estos momentos vos y yo caminamos del brazo entre las personas de mayor relevancia del mundo. Si eso no es aceptación, me

pregunto cómo la definís vos.

–Me siento honrado, madame.

–Sí, ciertamente así deberíais sentiros, *monsieur*.

–¿Y la segunda respuesta?

–No sois leal a vuestra naturaleza, y eso hace que la gente se sienta incómoda. Todos saben qué esperar de un hombre como el marqués de la Châsse, pero siempre da la sensación de que Sylvain de Guilherand preferiría estar en otro lugar, haciendo otra cosa. Sabe Dios qué.

Sylvain cerró la mano enguantada sobre la de Annette.

–En absoluto. Estoy justo donde quiero estar.

–Eso decís, pero no lo creo. Nuestro bienamado rey brindó por vos esta noche. Muchos hombres lo considerarían el mayor hito de su vida, pero vos seguís insatisfecho.

–Ya hemos hablado de mi personalidad. ¿Recordáis cómo acabó?

Un leve rubor asomó al rostro empolvado de Annette.

–He respondido a vuestra pregunta con toda la sinceridad de la que soy capaz.

–La sinceridad no es un vicio del que suela abusarse en Versalles.

Annette rio.

–Sé muy bien qué réplica viene a continuación. Permitidme facilitárosla: «Debe de ser el único». Ay, Sylvain, puedo mantener este tipo de conversación con cualquier hombre, pero antes preferiría volver a casa con mi marido y charlar sobre gachas y cataplasmas. No me empujéis a tanta desesperación.

Sylvain le acarició la mano.

–De acuerdo. ¿Disfrutáis de mi compañía a pesar de mis defectos?

Annette se mordisqueó el labio mientras meditaba la respuesta.

–Gracias a vuestros defectos, creo –contestó–. La

fuente es un éxito, el rey está impresionado con vos y no contáis con mi favor. Aceptad mi consejo y daos por satisfecho.

Sylvain acercó la palma de Annette a sus labios.

—Así será.

Continuaron caminando, en silencio pero en armonía. A medida que avanzaban por la galería, el ambiente resultaba menos asfixiante; la gente, menos insípida, y el celo del rey, menos ridículo. Incluso las poses de Madame se antojaban menos triviales, y los mohines seductores de su hermana, menos desesperados. Sylvain se sentía benevolente con el mundo, dispuesto a olvidar sus múltiples defectos.

Los invitados se separaron y le permitieron ver la fuente. Una joven vestida de seda de un amarillo cremoso alzó la copa hacia una flor. La curva del brazo desnudo recordaba el arco elegante de las ramas de la fuente. Se llevó la copa a los labios y la multitud la ocultó de la vista de Sylvain justo cuando bebía el primer sorbo.

—La naturaleza perfeccionada, *monsieur* —dijo un prusiano corpulento—. Mi enhorabuena.

Sylvain inclinó la cabeza y se llevó a Annette cuando la mirada del prusiano se demoró en su escote. El rey se levantó para descender de la tarima y todo el mundo lo observó con atención. Sylvain aprovechó la distracción para robarle un beso a Annette, solo una breve caricia en el carnoso labio inferior antes de unirse a los invitados en una oleada de reverencias profundas e inclinaciones de cabeza. El rey avanzó por la galería en dirección a Madame y su hermana con paso firme y decidido, como un cazador al acecho.

Annette deslizó la mano por el brazo de Sylvain y la detuvo en el hombro. El pulso le palpitaba en el cuello. Sylvain contuvo el impulso de recorrerlo con los labios.

—Supongo que es demasiado pronto para irse —susurró,

inspirando la fragancia melosa del maquillaje.

—Se percatarían de vuestra ausencia —musitó ella—. Es el precio de la fama, *monsieur*.

—En ese caso, ¿os apetece dar otra vuelta?

Annette asintió. Avanzaron por la galería siguiendo los pasos del rey. El caracal roía el arnés; los romos colmillos de marfil raspaban las joyas. El cuidador tiraba inútilmente de la correa.

—Pobrecillo —dijo Annette—. Tendrían que sacarlo. Este no es lugar para un animal salvaje.

Sylvain asintió.

—No se me había ocurrido preguntároslo hasta ahora: ¿cómo está el mono? Más contento que ese felino, espero…

—Más que feliz y contento. Mi doncella Marie lo mima como si fuera su madre. Son la madona y el niño, un mundo aparte.

Annette lo miró de soslayo con gesto travieso, desafiándolo a reír. Sylvain sonrió.

—¿Y qué nombre le ha puesto Madame a la criatura?

Annette palideció de pronto.

—¿Ese es el virrey de Parma? No esperaba verlo aquí.

—No sabría deciros. Se parece al resto de los hombres vestidos de seda y con peluca. ¿Estáis eludiendo mi pregunta?

—Enseñadme la fuente. No he tenido ocasión de admirarla de cerca.

Un hueco en la multitud dejó a la vista a tres jóvenes ataviados con traje de seda azul pavo real que llenaban la copa en la fuente. Uno aún conservaba los largos rizos de niño, seguramente como deferencia a una madre sentimental.

—¡Mirad! —dijo Annette—. No es una escena tan delicada como la joven de amarillo, pero creo que esta me gusta más. Debéis ser indulgente con los gustos ajenos, y

yo siempre he preferido la belleza masculina.

–No lo pongo en duda. ¿Cómo ha llamado Madame al mono, Annette?

–Se llama Jesusa. Es un sacrilegio espantoso y mi acento además destroza el español, pero ¿qué puedo hacer si veo a la madona y el niño mañana, tarde y noche? Que Dios me perdone.

–Madame no le ha puesto Jesusa al mono.

–No estéis tan seguro. Madame es aún peor cristiana que yo.

–Muy bien. Se lo preguntaré yo mismo.

Sylvain se encaminó hacia el Salón de la Guerra con paso decidido. Era difícil abrirse paso entre la multitud. El rey estaba con Madame en ese momento. Las altas plumas del sombrero real asomaban por encima de la cabeza de los invitados.

Annette le tiró del brazo.

–Deteneos. Delante del rey no. No seáis tozudo.

Sylvain se volvió hacia ella.

–Contestad a mi pregunta.

El vaivén de la multitud los empujó el uno contra el otro. Annette le agarró los brazos; le costaba respirar.

–Prometedme que no os ofenderéis.

–Contestad a la pregunta, Annette.

La dama se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre.

–Lo ha llamado Sylvain.

Sylvain se desembarazó de sus manos y retrocedió con tanta brusquedad que estuvo a punto de derribar a un anciano.

–Es una broma –dijo Annette, yendo tras él.

–¿Os parece gracioso?

–Tomáoslo como lo que pretendía ser, un intento tonto de chanza. No es un ataque a vuestro honor.

–Madame cree que soy un blanco perfecto. ¿Os reísteis,

Annette? –preguntó Sylvain alzando la voz. Algunas cabezas se volvieron. Hubo codazos para advertir a los vecinos de la escena–. ¿A quién más le gustaría practicar su puntería conmigo?

–Sylvain, no, por favor –dijo Annette en voz baja tendiendo una mano hacia él.

Sylvain se apartó. Caminó en círculos desafiando a los invitados con la mirada, retándolos a emitir algún comentario.

–He hecho más que ningún otro hombre para ganarme un lugar en la corte. He asistido a *levées*, he adulado, he fornicado. Lo que es peor: he trabajado duro. Tan duro como he podido. Os parece de mal gusto, ¿verdad?

–No, no es cierto. –Annette lo observaba caminar.

–He obrado milagros. Lo dice todo el mundo. El mago de las fuentes, el hombre que pone tronos en palacio. Todos quieren uno. O eso parece, hasta que todos lo tienen. Entonces ya no es especial. Ya no es lo bastante bueno. Lleváoslo. Ingeniad algo nuevo mientras os insulto a vuestras espaldas.

–Es difícil complacer a Madame –dijo Annette con voz suave y triste.

–Nada de lo que haga será lo bastante bueno, ¿verdad? Ni siquiera para vos, Annette. Decís que me esfuerzo demasiado, que soy un luchador, que no soy leal a mi naturaleza. –Abrió los brazos–. Pues esta es mi verdadera naturaleza. ¿Os gusto ahora?

Annette abrió la boca, pero la cerró sin decir nada. Sylvain se acercó a ella.

–Creo que no mucho –le dijo al oído, y se alejó.

La multitud se apartó para dejarlo pasar y abrió un pasillo hasta la fuente. Dos de los jóvenes estaban inclinados sobre el pilón. El de los rizos se agachó junto al depósito. Sylvain echó a correr.

El joven aporreaba el hielo con un anillo de diamantes.

El depósito retumbaba como un tambor con cada golpe.

Sylvain lo asió por el cogote.

—¡Ahí dentro hay algo, *monsieur*! —chilló el joven—. Una criatura, un monstruo. Lo he visto.

Sylvain lo arrojó al suelo y desenfundó la espada. El joven trató de alejarse de espaldas, deslizándose sobre el mármol. Los dos amigos corrieron a su lado y lo pusieron en pie de un tirón. Retrocedieron los tres juntos, agarrados. Detrás de ellos se reunió una multitud: algunos sorprendidos, otros confusos, la mayoría pasando un buen rato. Lo señalaban como si fuera un animal salvaje en una casa de fieras.

Varios hombres hicieron amago de llevarse la mano a la empuñadura del espadín, pero ninguno desenfundó.

La fuente borbotó. Una flor se estrelló contra el pilón y salpicó gotas de champán.

Gérard se abrió paso a empujones entre la gente, con la peluca torcida, resbalando en el suelo mojado. Patinó hasta colocarse junto a Sylvain.

La fuente les roció la espalda de champán, y el chorro llegó hasta el techo y apagó un centenar de velas.

—Ve con tu mujer. Sácala de palacio —dijo Sylvain.

Gérard corrió a toda velocidad hacia la puerta.

Sylvain alzó la espada y la descargó contra la fuente con gran estrépito. Las ramas de hielo se rompieron. El champán y el hielo saltaron por los aires y los fragmentos se esparcieron por el suelo de mármol. Sylvain agarró la espada de otra manera y golpeó el pomo contra el costado del depósito. Se resquebrajó y se rajó. Lo golpeó una y otra vez, hasta que el suelo se inundó de líquido dorado. Arrojó la espada y se abrió paso en el hielo con un hombro.

—¿Papá?

El pececito se estremecía hecho un ovillo. Sylvain resbaló, cayó a cuatro patas. Gateó y le tendió los brazos.

—No pasa nada, pequeña. Ven aquí, cariño.

La ondina alzó los brazos y Sylvain la abrazó contra el pecho. Ella le enterró la cara en el cuello, temblorosa.

—Ruido —dijo sollozante—. Muy fuerte. Duele. Papá.

Sylvain se la sentó en el regazo con la ropa chorreando champán. Le ahuecó las manos sobre las orejas y la estrechó contra el corazón, meciéndola adelante y atrás hasta que la tiritera empezó a remitir. Luego se puso en pie con torpeza, tratando de no perder el equilibrio con la niña en brazos.

Dejó atrás los pedazos de hielo para enfrentarse a una hilera de espadas desenfundadas. El acero pulido relucía y lanzaba destellos sobre los rostros de la guardia de palacio. Sylvain protegió a la niña con su cuerpo mientras paseaba la mirada por la multitud.

La hilera de guardias obligó a retroceder a los entrometidos invitados hasta la pared. Las plumas del sombrero del rey desaparecieron en el Salón de la Paz, seguidas por las fornidas espaldas de su guardia personal. Madame, su hermana y sus damas se habían agrupado en la tarima real, defendidas por el mariscal de Noailles.

De Noailles había ejecutado personalmente a soldados chaqueteros con la misma espada que en ese momento le brillaba en la mano.

—Deja correr el agua, pequeña —susurró Sylvain.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Ser una niña mala, Papá? —Fruncía el ceño, confusa.

—Las cañerías, los depósitos. Déjalo ir todo.

—¿Papá?

—Adelante, pececito.

La ondina se relajó en sus brazos, como si llevara mucho tiempo conteniendo el aliento y por fin pudiera respirar.

Un rumor débil retumbó en lo alto, lejano. Aumentó de volumen. Las paredes se estremecieron. Sylvain colocó las manos sobre la cabellera mojada de la ondina en un

intento de protegerle el delicado cráneo. Un espejo resbaló hasta el suelo y se hizo añicos. Los guardias miraron alrededor tratando de averiguar de dónde procedía la amenaza. Las espadas vacilaron y descendieron.

Encima de la estatua de Hermes, el techo se abombó y se resquebrajó. El yeso cayó sobre los asistentes. La estatua se tambaleó y se desplomó. Los invitados se abrieron paso a empujones entre los guardias, obligándolos a romper filas.

El techo se inundó de goteras. Las gigantescas arañas se balanceaban adelante y atrás. El agua caía a chorros por las ventanas de los jardines, tiñendo los cristales de plata y oro, y luego de oscuro, cuando las velas chisporrotearon y humearon.

Los invitados se abalanzaron hacia las amplias puertas de los jardines y atravesaron la cascada de agua que caía del tejado sobre las extensas terrazas. Sylvain recuperó la espada y los siguió, agachado, aferrando al pececito con fuerza, mientras desaparecía en la fría noche de febrero.

Cruzó los jardines sin detenerse; dejó atrás las piscinas y los depósitos, la *orangerie* y el bosquecillo de tejos. Ascendió al Bois des Gonards y se volvió hacia el palacio, sin aliento, atento a los caminos por si los perseguían los guardias.

Aparte de la muchedumbre que se arremolinaba en las terrazas, no había movimiento en los jardines. Las fuentes lanzaban chorros potentes, mil quinientos caños repartidos por la vasta extensión de césped y senderos, setos y parterres; cada caño jugaba, cada chorro danzaba por pura diversión.

—Ya puedes cerrar las fuentes, pequeña.

—¿Papá?

El pececito pesaba cada vez más. Se la acomodó en la cadera, buscando el contrapeso adecuado para una caminata larga.

—No te preocupes, mi niña. Se acabaron las fuentes. Nos vamos a casa.

Una tras otra, las fuentes se sacudieron y dejaron de manar. El pececito le apoyó la cabeza en el hombro y bostezó.

El palacio estaba a oscuras salvo por el resplandor de unas pocas ventanas en el ala norte y a lo largo de la hilera de buhardillas. Desde allí parecía seco y tranquilo.

De hecho, pensó Sylvain, nada había sufrido daños irreparables. Los sirvientes se pasarían semanas fregando suelos; carpinteros y yeseros, doradores y pintores, tendrían trabajo para varias temporadas. Al final, alguien averiguaría cómo arreglar un par de fuentes. Los retretes y las cañerías permanecerían secos, pero los nobles y los cortesanos apenas notarían la diferencia. Lo que allí no funcionaba no tenía arreglo.

El alba los sorprendió en un canal. Sylvain iba sentado en la proa de una barca estrecha. Comía pan y queso, y contemplaba los saltos y chapoteos del pececito en la suave onda de proa mientras se deslizaban a contracorriente en el largo viaje a casa.

KELLY ROBSON (Edmonton, Alberta, Canadá - 1967). Se graduó en Inglés por la Universidad de Alberta. Creció en las Montañas Rocosas de Canadá y, de joven, compitió en rodeos. Entre el 2008 y el 2012 escribió la columna de vinos y licores de Chatelaine, la revista femenina más importante de Canadá. Tras veintidós años en Vancouver, se ha mudado al centro de Toronto con su cónyuge, A. M. Dellamonica, que también escribe ciencia ficción.

En el 2015 publicó en Tor.com la novela corta *Las aguas de Versalles*, que ganó el premio Aurora en el 2016 y fue finalista del World Fantasy y el Nebula. En el 2018 publicó *Gods, Monsters, and the Lucky Peach*, una historia de viajes en el tiempo. Es autora de numerosos relatos, que han sido nominados a los premios Hugo, Nebula, World Fantasy, Theodore Sturgeon, Locus y Sunburst. Muchos han sido incluidos en antologías de lo mejor del año y se han traducido a varios idiomas. En el 2018 ganó el Nebula al mejor relato largo por «*Una mancha humana*», incluido en la antología *Agua en los pulmones*, de Pulpture Ediciones. En el 2020 apareció su primera colección de cuentos, *Alias Space and Other Stories*.